

CARTA PRIMERA A LOS CORINTIOS

San Clemente Romano

(Escrita alrededor del año 96)

INTRODUCCIÓN

No son muchas las noticias seguras que tenemos de San Clemente Romano. La antigua leyenda le identificó con el célebre primo de Domiciano, el cónsul Tito Flavio Clemente, mandado ejecutar por él el año 95-96, por crimen de “judaísmo”. En este mismo año (95 después de J. C.) —dice el historiador Dión Casio—, mandó matar Domiciano, entre otros muchos, al cónsul Flavio Clemente, a pesar de ser primo suyo y tener por mujer a Flavia Domitila, también emparentada con él. A los dos se les acusaba de crimen de ateísmo, por el que fueron condenados también otros. De ellos, unos murieron y otros fueron sólo privados de sus bienes.¹ El historiador confunde, como es corriente entre los de su tiempo, judíos y cristianos; pero la acusación de “ateísmo” es típicamente cristiana.²

Suetonio³ califica a Flavio Clemente de hombre de “inercia despreciadísima”, y da como motivo de su muerte por Domiciano una “ligerísima sospecha”.

No parece, pues, pueda caber duda de que se trata de una noble familia cristiana. Si no es históricamente posible la identificación del noble mártir de la casa imperial con el humilde obispo de Roma, Clemente, cabe verosímilmente suponerle liberto de la misma, con lo que se explicaría bien la profunda adhesión a los representantes del Imperio, aun en plena persecución, y la admiración por la organización militar romana, que hemos de notar en la carta de Clemente a los corintios.

Más segura y más estrecha es la relación de San Clemente con los apóstoles Pedro y Pablo. De que fuera sucesor de San Pedro en el gobierno y dirección de la Iglesia de roma, no puede caber la más ligera duda. El testimonio de la tradición es unánime. En nombre mismo la Iglesia de Roma y, patentemente, como cabeza de ella, escribe a la comunidad de Corinto; y si bien es

1 Dión Casio, Hist. XVII, 14.

2 Llevado San Policarpo ante el cónsul, en el anfiteatro, a los gritos del populacho: “¡Mueran los ateos!”, levanta él sus ojos al cielo y dice suspirando: “Sí, mueran los ateos”, mientras señalaba con su mano a la muchedumbre. *Martyrium Polycapi*, 9. 2.

3 *Vita Caesarum*, VIII. 15.

.....

cierto que por el año 96, en que Clemente escribe, no está todavía totalmente constituido el episcopado monárquico, que no mucho más tarde hallamos ya plenamente desarrollado en las cartas de San Ignacio Mártir, y un colegio más o menos numeroso de “ancianos” gobernaba a cada Iglesia, no lo es menos que en él se destaca un miembro que lleva la dirección, la verdadera “inspección general” o episcopía y cuya autoridad era por todos acatada.

Que éste sea el caso del redactor de la carta a los corintios, es decir, el caso de Clemente en el colegio romano, lo demuestra la carta misma. Mas ya no es tan acorde el testimonio de la tradición, cuando se trata de señalar el puesto de San Clemente en la sucesión de San Pedro. Según la lista de San Ireneo, es el cuarto obispo de Roma: Pedro, Lino, Anacleto, Clemente.⁴ Otra tradición, representada por Tertuliano⁵ y por San Jerónimo,⁶ le hace sucesor directo de San Pedro. Por fin, el Catálogo Liberiano y San Agustín⁷ le ponen en el tercer lugar. La lista de San Ireneo parece la más probable.⁸ Según el mismo San Ireneo, Clemente habría “conversado con los apóstoles Pedro y Pablo y conservaba aún su predicación en los oídos y su tradición ante los ojos”.⁹ A ambos apóstoles pone el mismo Clemente como dechados de paciencia, como “luchadores que vivieron muy cerca de él” y como “nobles ejemplos de su generación”. El espíritu de la carta es genuinamente paulino, y hay momentos en que parece imponérsenos la antigua opinión que tiene en su favor los grandes nombres de Eusebio¹⁰ y de Orígenes,¹¹ de que el Papa Clemente, sucesor de San Pedro, es aquel Clemente, compañero y colaborador de San Pablo, de quien hace éste tan breve elogio en su carta a los de Filipo: “Con Clemente y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida”.¹²

Los testimonios sobre el martirio de San Clemente son muy tardíos y nada seguros. Ni San Ireneo ni Eusebio, ni San Jerónimo, saben nada sobre ello. Sólo en el siglo IV se redactan unas actas legendarias y famosísimas.

Pero el documento que más auténticamente nos revela el alma de San Clemente es esta carta primera a la Iglesia de Corinto. Los testimonios de su autenticidad son incontrastables. Es cierto

4 *Adv. haer.*, III, 3, 3.

5 *De praescriptione*, XXXII, 2.

6 *Adv. Iovin.*, I, 12.

7 *Epist.* LIII, 2.

8 Aimé Puerch, *Hist. de la litt., greca e chrstense*, tomo I, página 33. París, 1928.

9 Citado, sin referencia, por R. Aigrain; *Pour qu'on lise les Pères*. París, 1922, pág. 78.

10 *Hist. Eccl.*, III, 15.

11 *Comm. in Joan*, VI, 36.

12 *Flp* 4, 3.

que el redactor de la carta no se nombra jamás y es la misma Iglesia “que habita en Roma como forastera”, la que se dirige fraternalmente a la Iglesia “que mora como forastera en Corinto”; pero es fácil percibir que el que habla en nombre y por boca de la Iglesia romana y que llega a sentirse como órgano e instrumento del Espíritu Santo, es su obispo, cabeza del colegio de los “ancianos”, representante de la autoridad y tradición apostólica.

Que este redactor y obispo romano fuera Clemente, lo sabía por los años de 166-167 el obispo de Corinto, Dionisio, quien, escribiendo al Papa Soterio, le dice: “Hoy hemos celebrado el día santo del Señor, en el que leímos vuestra carta, la que seguiremos leyendo en adelante para edificación, así como la que antes nos fue escrita por Clemente”.¹³ Por el mismo tiempo (hacia el 180), Hegesipo sabía también que la carta a los corintios era obra de Clemente.¹⁴ Un manuscrito griego, la versión latina y la siríaca, concuerdan con la tradición al encabezar la carta primera a los corintios con el nombre de Clemente.

Así, pues, hacia el año 96, la Iglesia de Roma, por la pluma de su obispo Clemente, dirige esta larga epístola a la comunidad de Corinto, que la acoge no sólo benévola, sino hasta reverentemente, como que sigue leyéndola más adelante a la par de la palabra divina en el día del Señor. ¿Qué motivo hubo para la intervención de la Iglesia de la capital del Imperio en la vida y asuntos de la antigua, famosa y por doquiera venerada y alabada Iglesia de la capital de Acaya, fundada por el apóstol San Pablo? Naturalmente, que la mejor fuente de información sobre la ocasión de la carta es la carta misma.

La Iglesia de Corinto, propensa a la escisión interior desde sus primeros días, estaba otra vez internamente desgarrada por facciones que habían atentado contra los representantes de la jerarquía. Unos cuantos jóvenes, audaces y altaneros, se habían alzado contra los “ancianos” y los habían depuesto de sus cargos en el ministerio y gobierno de la Iglesia. La paz se había ausentado de aquella comunidad, antes floreciente en todo género de virtudes cristianas. Rota la disciplina, corría gravísimo riesgo la vida toda de la Iglesia corintia. La noticia llegó a Roma. La comunidad romana, que vivía sus días áureos de fervor de martirio bajo el sanguinario Domiciano, se conmueve y se contrista por el caso de la Iglesia hermana. Se hace ferviente oración por los hermanos

¹³ Eus., *Hist. Eccl.*, IV, 23, 11.

¹⁴ Eus., IV, 22, 1.

extraviados o turbados. Las duras circunstancias de persecución por que atraviesa la propia Iglesia de Roma no permiten a su cabeza y obispo una intervención inmediata. Mas entre tanto, va madurando el plan de una larga epístola a la Iglesia de Corinto, en que el mal de la discordia y sublevación se ataque en su misma raíz. No se combatirá primera y directamente el abuso actual, sino que habrá que remontarse a las causas lejanas y profundas del mal, que no podía tener otro origen sino la debilitación del espíritu y de las virtudes cristianas. De ahí todo ese larguísimo desarrollo, a primera vista incoherente y superfluo, de la carta, que es una reiterada exhortación a la práctica de las virtudes cristianas, de aquellas, sobre todo, que son el fundamento de la unión y concordia. La exhortación no se interrumpe hasta el capítulo XLIV, en que se aborda ya de lleno el caso concreto de la deposición violenta de los “ancianos” que habían desempeñado irreprochablemente su ministerio. Él inaugura en esta carta, aquella manera de gobierno de que sólo la Iglesia posee el secreto, que consiste en llevar a las almas antes por la persuasión que por la fuerza; más bien por el amor que por la amenaza; antes por el espíritu que por la ley. Una lectura atenta y reposada, ante la presencia de Dios, en algunos de aquellos días santos del Señor, de esta primera parte de la epístola, en que desfilan los más ilustres ejemplos de virtud del Antiguo Testamento, en que se percibe el calor y la unción del espíritu del Nuevo, tenía que predisponer favorablemente las almas para acoger la recomendación final de penitencia y vuelta a la paz, que forma la razón, el objeto de la segunda parte. Parece que, en efecto, la paz volvió a la trabajada comunidad corintia y la carta del obispo de Roma se guardó a la par de las que en otro tiempo le escribiera el grande Apóstol, en ocasión también en que la división y banderías minaban su obra entre aquellos griegos de eterna inquietud e ingénita tendencia a la rivalidad y a la escisión.

Esta carta de San Clemente Romano a los corintios es, en verdad, una joya de la literatura de la edad apostólica, sólo comparable a las de San Ignacio de Antioquía. Como documento de la vida de la Iglesia en la generación inmediata a los apóstoles, su valor es incalculable. A primera vista nos parecería que habla un hombre de la sinagoga, y largos trozos de la carta pudieran proceder de aquellos medios judío-helenísticos, en que se había mitigado el sentimiento nacional y exclusivismo palestino.¹⁵

Las citas del Antiguo Testamento pasan del centenar, a veces largas y desmesuradas, que

¹⁵ Ludwig A. Winterswyl. *Der erste Clemensbrief*, en la colección *Zeugen des Wortes*, Freiburg in Breisgau, Herder, 1940, página 3.

suponen al lector asiduo de los Setenta, que, ejemplar en mano, va transcribiendo largos pasajes de los Salmos, de Job, de los Proverbios, de Isaías; mas otras veces son centones o taraceas de lugares dispersos de la Sagrada Escritura, que acuden dóciles a la pluma del escritor, por estar íntimamente asimilados y formar una trama inextricable en su propio espíritu. La Escritura es siempre para Clemente palabra de Dios. Nada falso, nada inconveniente, se contiene en ella. El obispo de Roma se inclina muchas veces sobre los libros santos, y sabe que lo mismo hacen los cristianos cultos de Corinto, y de palabra divina nutre la fe y la piedad de los fieles. El Antiguo Testamento ofrece también los más hermosos ejemplos de virtud, que los cristianos deben imitar, y allí pueden ver también cómo castiga el Señor a los que traspasan su ley.

Esta familiaridad, en verdad extraordinaria, con el Antiguo Testamento y hasta con la literatura judaica tardía que San Clemente demuestra, ha hecho pensar en su origen hebreo. El argumento no me parece del todo convincente, y por mi parte creo más bien notar en el espíritu todo de la carta, en aquella constante llamada al orden y a la disciplina, una marca del genio romano. San Clemente no sólo admira la disciplina del ejército de Roma, sino que el mundo entero se le presenta como un ejército absolutamente regulado, en el curso de los astros, en la sucesión de las estaciones, en la germinación de los frutos de la tierra, en la alternancia de los días y de la noche. Lo mismo en el orden humano, y sobre todo en la Iglesia, todo debe hacerse eutactos, en buen orden, ocupando cada uno su lugar. No es que este sentido del orden y de la disciplina sea específicamente romano, cuando San Pablo —no habría, sin embargo, que olvidar que fue Cives Romanus— había ya tan bella y precisamente explicado la imagen del cuerpo humano; pero un romano lo sentía indudablemente mejor que un griego, y por algo la discordia contra la jerarquía se produce en Corinto y la voz de paz y unión viene de Roma. ¡Cómo siempre! Sea, pues, por origen, sea sólo por ambiente de educación y asimilación, creo que podemos calificar plenamente a San Clemente de “romano”. Su dominio del Antiguo Testamento no debía de ser excepción entre los dirigentes de la Iglesia de Roma ni de Corinto, cuando tenía el ejemplo de San Pablo y aun del mismo Evangelio, y por lo demás, jamás la Iglesia se apartó de estas dos ubres —metáfora agustiniana— de la palabra divina, que son los dos Testamentos.

Mas si la letra es del Antiguo Testamento, el espíritu es totalmente del Nuevo. No hay rastro de judaísmo en esta magnífica carta clementina. Jesucristo la llena toda, pudiéramos decir, a nuestro modo, de la cruz a la fecha, desde el saludo, en que se le pone, a la manera paulina, junto

al Padre, al pedir “la gracia y la paz”, hasta la doxología y deprecación final, que parece arrancada al canto de gloria de los ancianos del Apocalipsis ante el trono del Cordero: “La gracia de Nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros y con todos los que en todas partes han sido llamados por Dios por medio suyo. Por el cual sea a Él gloria y honor, fuerza y magnificencia, trono eterno desde los siglos hasta los siglos de los siglos. Amén” Jesucristo es el término de la Ley; Jesucristo es el objeto de la fe y esperanza de los justos del Antiguo Testamento. Su Sangre es la que salvó a todos. Jesucristo es el supremo modelo de humildad, paciencia y obediencia para los cristianos. Ellos tienen —corintios y romanos— sus palabras escritas en sus pechos y su pasión ante los ojos. Jesucristo es la gloria y magnificencia del Padre, “el cetro de su poder”. Es “su siervo amado”; mas si se redujo a esta condición de “siervo” del Padre, y siervo paciente y humillado, conforme a la profecía de Isaías, fue por su misericordiosa voluntad de salvarnos con su dolor y sanarnos con sus heridas; mas esta humillación nada le quita de su divina igualdad con el Padre y el Espíritu Santo. Él es nuestro Sumo Sacerdote y por Él se da gloria y alabanza a Dios Padre. Estamos, ciertamente, muy lejos del judaísmo y más lejos todavía de un teísmo moral, filosófico y exangüe, sin fe y sin caridad. La sangre de Jesucristo da nueva vida a la virtud del Antiguo testamento y diviniza lo que se manda al cristiano.

El autor de la carta siente que la ha redactado bajo la moción del Espíritu Santo. Cuando pide a los cabecillas de la rebelión corintia que se sometan, no quiere que lo hagan “a nosotros”, sino a Dios. Sin dar un alcance trascendental a estas manifestaciones, podemos ver en ellas la expresión de un estado de alta tensión espiritual, en que la carta fue escrita. Eso le da un valor perenne. Su lectura nos conmueve todavía. Sus enseñanzas no han perdido nada de su valor por el hecho de que haya desaparecido la causa ocasional que las motivaran. Es el mérito del auténtico escritor, del que escribe por pura ansia de verdad, por íntima ley de sinceridad y, por tanto, sin retórica: Hacer del caso particular una representación y un valor universal, un ktema es así, si vale citar, en tan humilde ocasión, el dicho del gran historiador ateniense.

¿Qué valor, finalmente, tiene la carta de San Clemente, como documento de la primacía de la Sede romana sobre la Iglesia universal? Sería quizá exagerado —y así lo reconocen escritores católicos— ver en ella el primer documento de una intervención autoritaria y oficial de la Iglesia de Roma, en función y conciencia de centro de unidad de la Iglesia universal. La caridad fraterna, muy viva y eficaz, vínculo a la par de unidad y de perfección, basta para explicar que ante las

tristes noticias de la disensión corintia la Iglesia romana se conmoviera y su cabeza y obispo tomara la pluma para invitar “a los hermanos”, “a los amados”, a la concordia y a la paz. Pero es también indudable que el hecho mismo de la intervención, seguramente no provocada, supone en la Iglesia de Roma una conciencia de su posición peculiar respecto de las demás iglesias, como fundada que fue por las dos “justísimas columnas” Pedro y Pablo, y por sentirse su obispo sucesor de la piedra fundacional de la misma universal Iglesia. Jamás se apela en la carta a esta “principalía”, que dirá luego Ireneo, de la Iglesia de Roma; pero es que su obispo Clemente sabe que la persuasión de la caridad alcanza zonas más profundas del espíritu que el golpe hiriente y exacerbador de la autoridad. La veneración con que luego la Iglesia de Corinto sigue leyendo el documento romano corrobora esta manera de ver y considerar a la Iglesia de donde procedió.

Cuando ahora la leemos nosotros, nos cuesta poco trabajo considerarnos entre los fieles de Roma, quizá en la oscuridad y recogimiento de una catacumba, oyendo la palabra, densa y férvida, de su obispo Clemente. San Clemente debía de hablar a los romanos como escribe a los corintios. La carta, en efecto, guarda mucho del tono y estilo de una homilía, La predicación, el ministerium verbi, no se había aún convertido en literatura, en retórica, en lucimiento de palabrería. Era, fundamental y profundamente, palabra de Dios. Era pregón (eso quiere decir Kérigma y praedicatio) y anuncio de Jesucristo, que por ser palabra del Padre tiene que ser objeto, en el fondo, único, de la predicación de la palabra de Dios: “Nos autem praedicamus Iesum Cris-tum...”



CARTA PRIMERA A LOS CORINTIOS

Saludo

La Iglesia de Dios, que habita como forastera en Roma, a la Iglesia de Dios, que habita como forastera en Corinto,¹ a los llamados santificados en la voluntad de Dios por nuestro Señor Jesucristo: Que la gracia y la paz de Dios omnipotente se multiplique por Jesucristo.²

Objeto de la carta: La discordia

Por causa de las calamidades y tribulaciones, repentinas y sucesivas,³ que nos han sobrevenido, creemos, hermanos, que hemos atendido tardíamente a los asuntos discutidos entre vosotros. Nos referimos, carísimos, a la discordia, extraña y ajena a los elegidos de la Dios, perversa e impía, que unos cuantos temerarios y tercos han encendido entre vosotros, hasta el punto tal de insensatez que ha venido a sufrir grave quebranto vuestro nombre, venerado antes y celebrado, y digno de ser amado de todos los hombres.

Elogio del destinatario: Santidad de la Iglesia de Corinto

Porque ¿quién, que hubiera posado entre vosotros, no aprobó vuestra fe firme y adornada de toda virtud? ¿Quién no admiró vuestra piedad cristiana, prudente y modesta? ¿Quién no pregonó la magnífica costumbre de vuestra hospitalidad? ¿Quién no tuvo por dichosa vuestra ciencia, perfecta y segura? Todo, en efecto, lo hacíais sin miramiento a personas, caminabais en las ordenaciones de los mandamientos de Dios y vivíais sometidos a vuestros superiores, tributando el honor debido a vuestros ancianos.⁴ Recomendabais a los jóvenes sentimientos de moderación y reverencia; mandabais a las mujeres que lo hicieran todo con conciencia intachable, reverente y pura,

1 Este es el sentido de la palabra griega *paroikeo*, y ella nos revela un aspecto profundo de la concepción cristiana de la vida. Somos forasteros en el mundo y caminamos hacia nuestra verdadera patria, que está en el cielo: “Nuestra ciudadanía (*politeuma*) está en los cielos” (Flp 3, 20). El primitivo cristianismo se consideraba, además, extraño y forastero en medio del mundo pagano que le rodeaba. Así lo recuerda San Pedro, a quien (véase *Introducción*, pág. 1) pudo conocer personalmente San Clemente: “Queridos, os exhorto a que, como forasteros, os abstengáis de los deseos carnales, que combaten contra el alma” (1 P 2, 11). De *paroidein*, “vivir como forastero”, deriva nuestra palabra “parroquia”, aunque perdido ya todo primitivo sentido de “vivienda de forasteros”.

2 El saludo está imitado del de la epístola I de San Pablo a los Corintios.

3 Las “tribulaciones” a que alude Clemente y que motivaron la tardanza de su intervención, aluden a la persecución del sanguinario Domiciano, que desterró también, hacia el año 95, al apóstol San Juan a la isla de Patmos. Por Domiciano fueron martirizados su primo, el cónsul Tito Flavio Clemente, y la esposa de éste, Domitila.

4 Los *hegoúmenoi*, “superiores”, es término general para significar los que “dirigen y gobiernan” a la Iglesia; *presbyteroi*, “ancianos”, engloba todavía, sin precisar jerárquicamente, a los obispos, sacerdotes y “ministros” o diáconos. La terminología no estaba aún tan fija, aunque sí el orden y distinción jerárquicos.

amando debidamente a sus maridos, y las enseñabais a trabajar, en toda prudencia, en todo lo que atañe a su propia casa religiosamente, permaneciendo en la regla de la sumisión.

Floración de virtudes

Todos erais humildes, sin arrogancia ninguna; erais antes amigos de obedecer que de mandar; con más gusto dabais que recibías, contentos con el viático que Cristo os da para vuestra peregrinación y puesta vuestra atención en Él. Sus palabras las tenías muy cuidadosamente grabadas en vuestros pechos, y sus padecimientos estaban ante vuestros ojos. De esta manera os fue concedida a todos una paz profunda y dulce, juntamente con insaciable deseo de practicar el bien. Sobre todos se derramó la plenitud del Espíritu Santo, y llenos de santo propósito, en prontitud de buena voluntad y con piadosa confianza, extendíais las manos a Dios omnipotente, suplicándole os fuera propicio, si en algo involuntariamente habíais pecado.⁵ Día y noche traías entablada porfía a favor de todos vuestros hermanos, a fin de salvar por vuestra compasión e interés el número de los escogidos de Dios. Erais sinceros y sin doblez, y no guardabais rencor unos con otros. Toda discordia y toda escisión eran abominables para vosotros. Os dolías de los pecados de los demás y tenías por propias sus faltas. Jamás os arrepentías de obrar el bien, prontos siempre para toda obra buena. Adornados de una conducta virtuosa en todo y digna de veneración, todo lo hacías en el temor de Dios, como que los mandamientos y justificaciones del Señor estaban escritos en las tablas de vuestro corazón.⁶

«Recalcitró el amado»

Se os dio toda gloria y dilatación, y vino a cumplirse lo que está escrito: “Comió y bebió y se dilató y engordó; de ahí que recalcitró el amado” (Dt 32,15). De ahí procedieron los celos y la envidia, la contienda y la discordia, la persecución y el desorden, la guerra y la cautividad. Así, levantáronse los deshonrados contra los honrados, los sin gloria contra los gloriosos, los insensatos

5 Los primeros cristianos oran con las manos extendidas al cielo, gesto antiquísimo que usan ya los héroes homéricos en la oración (cf. *Ilíada*, I, 351, *et passim*), y que en ellos, en los cristianos, es expresión de filial confianza con que se dirigen a Dios Padre. Así se reza todavía, en momento solemne de la Misa, el *Pater Noster*. Otros gestos son de origen medieval, por ejemplo, el plegar las manos, que era gesto de vasallaje del súbdito ante su señor.

6 Este magnífico cuadro de vida cristiana, si bien es una preparación muy hábil para pasar al tema desagradable de la discordia, representa en todo caso el ideal de perfección que concibe la Iglesia de Roma, y que su cabeza, Clemente, le propondrá muchas veces con palabra cálida, como aquí se lo escribe a los de Corinto, donde la realidad debía ser otra.

contra los prudentes, los jóvenes contra los ancianos. Por lo cual, huyó lejos la justicia y la paz, pues abandonó cada uno el temor de Dios, y se debilitó la vista de la fe, y ya no caminabais en las ordenaciones de sus mandamientos ni os portabais conforme a Cristo, sino que cada uno andaba conforme a los deseos de su corazón perverso, concibiendo un injusto e impío celo, “por el que también entró la muerte al mundo” (Sb 2,24).

Los daños de la envidia

Pues está escrito así: “Y sucedió después de unos días que Caín ofreció sacrificio a Dios de los frutos de la tierra, y Abel ofreció también de los primerizos de sus ovejas y de las grosuras de ellas. Y miró Dios sobre Abel y sobre sus ofrendas, pero no atendió a Caín y a sus sacrificios. Y entristecióse Caín en extremo y su rostro se abatió. Y dijo a Caín: ¿Por qué te has puesto sobremanera triste y por qué se abatió tu rostro? ¿Acaso si ofreciste bien y dividiste mal no pecaste? Está tranquilo, que a ti volverá y tú le dominarás. Y dijo Caín a Abel, su hermano: “Salgamos al campo.” Y sucedió, cuando ambos estaban en el campo, que Caín se lanzó sobre su hermano Abel y le mató” (Gn 4,3-8).

Ya lo veis, hermanos, los celos y la envidia fueron causa del primer fratricidio. A causa de la envidia nuestro padre Jacob tuvo que huir de la presencia de su hermano Esaú. La envidia hizo que José fuera perseguido hasta punto de muerte y llegara hasta la esclavitud. La envidia obligó a Moisés a huir de la presencia de Faraón, rey de Egipto, al oír a uno de su misma tribu: “¿Quién te ha constituido príncipe y árbitro entre nosotros? ¿Es que quieres matarme también a mí, como mataste ayer al egipcio?” (Ex 2,14). Por envidia Aarón y María hubieron de acampar fuera del campamento. La envidia precipitó vivos al infierno a Datán y Abirón, por haberse revelado contra el siervo de Dios, Moisés (Nm 16). Por envidia tuvo que sufrir David no sólo de los extranjeros, sino que fue perseguido por Saúl, rey de Israel (1 R 19).

Los ejemplos de Pedro y Pablo

Mas para terminar con los ejemplos antiguos, vengámonos a luchadores que han estado más próximos a nosotros: tomemos los nobles ejemplos de nuestra generación. Por celos y envidia, las

más grandes y justas columnas⁷ fueron perseguidas hasta la muerte. Pongamos ante nuestros ojos a los excelentes apóstoles: a Pedro, que por injusta envidia soportó, no uno ni dos, sino muchos más trabajos; y así, habiendo dado testimonio⁸ marchó al lugar debido de la gloria. Por causa de la envidia y la rivalidad, Pablo mostró el galardón de la paciencia; pues fue siete veces encadenado, desterrado, apedreado; y hecho heraldo de ella en oriente y occidente, dejó la noble fama de su fe. Después de haber enseñado la justicia a todo el mundo y de haber llegado hasta el extremo de occidente;⁹ finalmente, habiendo atestiguado ante los príncipes, separóse así del mundo y marchó al lugar santo, convertido en el más grande dechado de paciencia.

Los mártires de Roma

A estos hombres, que llevaron una conducta santa, se agregó una grande muchedumbre de escogidos, los que, después de sufrir por envidia muchos tormentos y torturas, vinieron a ser entre nosotros el más hermoso ejemplo. Por envidia fueron perseguidas mujeres, nuevas Danaidas y Dirces, las cuales, habiendo sufrido tormentos terribles e impíos, se lanzaron a la firme carrera de la fe y, débiles en su cuerpo, recibieron generosa recompensa.¹⁰ La envidia separó a las casadas de sus maridos y volvió del revés lo que dijo nuestro padre Adán: “Esto es, pues, hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gn 2,23). La envidia y contienda asoló grandes ciudades y arrancó de raíz a grandes naciones.

Exhortación a la penitencia

Todo eso, carísimos, os lo escribimos no sólo para amonestaros a vosotros, sino también para

7 Estas “máximas y justísimas columnas” de la Iglesia son los apóstoles Pedro y Pablo sobre cuyo martirio en Roma es testimonio de primer orden este pasaje de la carta clementina. La comparación de los apóstoles con las columnas de un templo, aquí la Iglesia universal, viene del mismo San Pablo, que la aplicó (Ga 2, 9) a Santiago, Cefas (Pedro) y Juan. En Ap 3,12, promete Jesús al que venciere hacerle “columna en el templo de su Dios”.

8 Es evidente que el testimonio que Pedro dio al fin de su vida fue un “*martyrion*”, es decir, testimonio de sangre.

9 El extremo de occidente es España. Este pasaje de San Clemente comprueba que San Pablo cumplió su ardiente deseo de venir a predicar la fe a este “*Finisterre*”, como se lo dice a los romanos (15,24), a quienes quiere visitar de *paso* para España. La venida a España parece ocupar en la mente de San Pablo más principal lugar que la misma visita a Roma: “Porque espero veros de paso y que vosotros me encaminéis allí”, a España. No se olvide que España estaba ya o iba muy pronto a ponerse a la cabeza del Imperio. Véase el prólogo de M. Pidal a la “España Romana”.

10 Las “Danaidas y Dirces”, son figuras mitológicas. Las Danaidas, en número de 50, eran hijas de Dánao, hermano de Egipto, que tenía a su vez 50 hijos. Estos quisieron casarse a la fuerza con sus primas. Dánao huye a la Argólida y, seguido de los 50 hijos de Egipto, les entrega por fin a sus hijas, con orden de que cada una matase a su marido la noche de la boda. Así lo hacen todas, excepto una, que “prefirió ser llamada cobarde antes que asesina.” (Esquilo, Suplicantes) Dirce fue atada a las astas de un toro y así murió. Todo este pasaje se refiere a la persecución de Nerón, que estalló el año 64, con ocasión del incendio de Roma (Tac. Ann., 15, 38 y ss.). Según Tácito, los cristianos fueron ejecutados “como espectáculo”. En las Danaidas, pues, alude tal vez Clemente a violaciones de mujeres cristianas, y en la Dirces a suplicios como los de Perpetua y Felicitas, que fueron atadas a los cuernos de toros bravíos. Sienkiewies immortalizó la horrible escena en Quo vadis.

recordárnoslo a nosotros mismos, pues hemos bajado a la misma arena y tenemos delante el mismo combate. Por lo tanto, dejemos a un lado las vacías y vanas preocupaciones y volvamos a la gloriosa y sagrada regla de nuestra tradición,¹¹ y veamos qué es lo bueno, qué lo agradable, qué lo acepto en la presencia de nuestro Creador. Fijemos nuestros ojos en la sangre de Cristo y conozcamos cuán preciosa es a Dios y Padre suyo, pues derramada por nuestra salvación, alcanzó gracia de penitencia para todo el mundo.

Heraldos de penitencia

Recorramos todas las generaciones y nos daremos cuenta que el Señor, de generación en generación, dio siempre lugar de penitencia a todos los que quieren convertirse a Él. Noé predicó la penitencia y los que le escucharon se salvaron. Jonás anunció la destrucción a los ninivitas; más éstos, arrepentidos de sus pecados, aplacaron a Dios con su súplica y obtuvieron la salvación, a pesar de ser ajenos al pueblo de Dios. De la penitencia hablaron los ministros de la gracia de Dios por el Espíritu Santo; y el mismo Señor de todas las cosas, de la penitencia habló también con juramento: “Porque vivo yo, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que haga penitencia” (Ez 33,11), añadiendo una sentencia bondadosa: “Arrepentíos, casa de Israel, de vuestra iniquidad. Di a los hijos de mi pueblo: Aun cuando vuestros pecados alcanzaran de la tierra al cielo y fueran más rojos que la escarlata y más negros que un manto de piel de cabra, y os volviereis a mí con toda vuestra alma y me dijereis: “Padre”, yo os escucharé como a un pueblo santo.” Y en otro lugar dice de esta manera: “Lavaos y purificaos, quitad las maldades de vuestras almas de delante de mis ojos, cesad en vuestras maldades, aprended a hacer bien, buscad el juicio, salvad al oprimido, juzgad al huérfano y defended a la viuda; y entonces, venid y discutamos, dice el Señor. Y si vuestros pecados fueren como púrpura, yo los dejaré blancos como nieve; y si fueren como escarlata, yo los volveré blancos como vellón de lana. Y si quisierais y me escuchareis, comeréis los bienes de la tierra; mas si no quisierais ni me escuchareis, la espada os devorará. Porque la boca del Señor habló todo eso” (Is 1,16-22). Queriendo, pues, que todos los que Él ama participen de la penitencia, lo confirmó con su omnipotente voluntad.

¹¹ Esta sea quizá la primera referencia a la gloriosa y sagrada “*regula traditionis*”. De la tradición, es decir, “de la palabra y vida permanente”, como dijo el viejo Papias (apud. Eusob. Hist. Ec., III, 39) vivía entonces puramente la Iglesia, a pesar de que ya estaban escritos la mayor parte de los libros que luego formaron el Nuevo testamento.

Exhortación a la obediencia

Por tanto, obedezcamos a su magnífica gloriosa voluntad, y acudiendo como suplicantes de su misericordia y benignidad, postrémonos y volvámonos a sus misericordias, dando de mano a nuestros vanos afanes, a toda contienda, y a la envidia que lleva a la muerte. Fijemos nuestros ojos en aquellos que sirvieron con perfección a su gloria magnífica. Tomemos por ejemplo a Enoc, quien, hallado justo en la obediencia, fue trasladado, sin que se hallara rastro de su muerte (Gn 5,24). Noé, hallado justo, anunció al mundo por su servicio la regeneración,¹² y el Señor salvó por su medio los animales que entraron en concordia en el arca.

Ejemplo de Abraham

Abraham, llamado “el amigo de Dios” (Is 41,8), fue hallado fiel, por haber sido obediente a las palabras de Dios. Este, por obediencia, salió de su tierra y de su parentela y de la casa de su padre, para heredar las promesas de Dios, a cambio de una tierra escasa y una parentela estrecha y una casa pequeña que dejó.

Pues dícele el Señor: “Sal de tu tierra y de la casa de tu padre y marcha a la tierra que yo te mostraré, y te convertiré en una gran nación y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendecido. Y bendeciré a los que te bendijeren, y maldeciré a los que te maldijeren, y en ti serán benditas todas las tribus de la tierra” (Gn 12,1-3). Y otra vez, al separarse de Lot, le dijo Dios: “Levanta tus ojos y mira desde el lugar donde ahora estás al Norte y al Sur, hacia Oriente y hacia el mar o Poniente. Toda la tierra que ves, te la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra. Si hay alguno que pueda contar el polvo de la tierra, entonces será contada tu descendencia. Y Abraham creyó a Dios y le fue reputado a justicia” (Gn 15,5). Por su fe y hospitalidad, le fue concedido un hijo en su vejez y por obediencia lo ofreció a Dios en sacrificio sobre uno de los montes que Él le mostró (Gn 21 y sigs.).

Exhortación a la hospitalidad

Por su hospitalidad y su piedad, fue Lot salvado de Sodoma, cuando toda la comarca fue juz-

¹² Es decir, la repoblación del mundo después del diluvio.

gada por el fuego y el azufre,¹³ poniendo el Señor de manifiesto que no abandona a los que confían en Él, más castiga y atormenta a los rebeldes. Porque habiendo salido juntamente con Lot su mujer, que no tenía sus mismos sentimientos y estaba en desarmonía con él, fue puesta como señal de esto, convertida en estatua de sal hasta el día de hoy, para que todos conozcan cómo los de ánimo doble y que desconfían del poder de Dios vienen a ser juicio y escarmiento para todas las generaciones.

Ejemplo de Rahab

Por su fe y hospitalidad, se salvó Rahab, la llamada ramera. Porque habiendo Josué, hijo de Navé, enviado espías a Jericó, se dio cuenta el rey de aquella tierra de que habían venido a explorar el país; y despachó gente para prenderlos y, una vez en su poder, quitarles la vida. Así, pues, los ocultó debajo de caña de lino. Presentáronse luego los emisarios del rey y le dijeron: “En tu casa han entrado los espías de nuestra tierra. Sácalos, porque lo ordena el rey.” Respondióles ella: “Es cierto que entraron en mi casa los hombres que andáis buscando; pero se salieron inmediatamente y van ya tras su camino”, mostrándoles la dirección contraria. Luego dijo a los exploradores: “Con certeza conozco yo que el Señor Dios os va a entregar esta tierra, porque el temor y espanto de vosotros ha caído sobre sus habitantes. Cuando, pues, sucediere que vosotros os apoderéis de ella, salvadme a mí y a la casa de mi padre.” Contestáronle ellos: “Así será como has hablado. Así, pues, apenas te des cuenta de que nos acercamos, reunirás a todos los tuyos bajo tu techo y se salvarán; pues cuantos fueren encontrados fuera, serán aniquilados.” Y añadióle que pusiera una señal, a saber, que colgara de su casa un paño de escarlata, dándonos así a entender que por la sangre del Señor tendrán redención todos los que creen y esperan en Dios. Ya veis, queridos, cómo no sólo se dio la fe, sino también la profecía en esta mujer.¹⁴

Exhortación a la humildad

Seamos, pues, humildes, hermanos, deponiendo toda arrogancia, toda soberbia, insensatez e

13 La hospitalidad, virtud tan típicamente oriental, fue también muy recomendada y practicada por la primitiva Iglesia. Todo el Nuevo Testamento está lleno de recomendaciones de esta virtud, desde el Señor que dirá a los impíos que “fue huésped y no le quisieron recibir” (Mt 25, 43), hasta los apóstoles Pedro y Pablo, que reiteradamente la encarecen: “El obispo ha de ser hospitalario” (1 Tm 3, 2; Tt 1, 8). Lo han de ser mutuamente todos los fieles (1 P 4, 9 y Rm 12, 13 y Hb 13, 2). Hoy apenas se sabe de tal virtud.

14 San Clemente no se escandaliza ni del oficio ni de la mentira de Rahab. Y luego la aplicación del paño escarlata a la sangre de Jesucristo es tan inesperada como interesante, para comprender con qué ojos miraba la Iglesia a la Sagrada Escritura.

ira, y cumplamos lo que está escrito. Porque dice el Espíritu Santo: “No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fuerza, ni el rico en su riqueza; sino el que se gloría, gloriése en el Señor, en el buscarle a Él y practicar el juicio y la justicia.” (Jr 9,23; 1 R 2,10). Acordémonos sobre todo de las palabras del Señor Jesús, las que habló enseñando la modestia y la mansedumbre; pues dijo de esta manera: “Compadecedos y seréis compadecidos; perdonad y se os perdonará. De la manera que vosotros hicieréis, así se hará también con vosotros. Como diereis, se os dará a vosotros; como juzgareis, se os juzgará; como usareis de benignidad, así la usarán con vosotros. Con la medida que midiereis, se os medirá a vosotros” (Mt 5,7; 6,14; 7,1 y sigs.; Lc 6, 31-37).¹⁴

Fortalezcámonos con este mandamiento y con estas ordenaciones tuyas, a fin de caminar obedientes a tus santas palabras, en espíritu de humildad. Pues dice la palabra santa: “¿Sobre quién pondré mis ojos, sino sobre el manso y pacífico y que teme mis palabras?” (Is 6,2).

Justo y santo, por tanto, es, hermanos, que nos sometamos más bien a Dios, que no sigamos a los cabecillas de la odiosa envidia, arrogantes y perturbadores. Porque nos acarrearíamos un daño no como quiera y correríamos grave riesgo, si nos entregamos temerariamente a hombres cuyo blanco son las contiendas y disensiones, con el fin de apartarnos del bien. Seamos blandos unos con otros, según las entrañas de bondad y dulzura de Aquél que nos creó. Porque está escrito: “Los mansos habitarán la tierra y los inocentes serán dejados sobre ella; mas los inicuos serán exterminados de su haz” (Pr 2,21; Sal 37,9). Y otra vez dice: “Vi al impío exaltado y elevado como los cedros del Líbano. Y volví a pasar y ya no era; y busqué su lugar y ya no le hallé. Guarda la inocencia y mira la rectitud, porque el hombre pacífico tiene descendencia” (Sal 37,35 y sigs.).

Unámonos, pues, a los que se mantienen en paz piadosamente y no a los que la simulan hipócritamente. Porque en algún lugar dice: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí.” (Is 29,13). Y otra vez: “Con su boca bendecían y con su corazón maldecían” (Sal 78,36 y sigs.). Y dice de nuevo: “Amábanle con su boca y mentíanle con su lengua; mas su corazón no era recto con Él ni permanecieron fieles en su testamento” (Sal 62,5). “Por eso queden mudos los labios engañosos, que hablan iniquidad contra el justo. Destruya el Señor todos los labios engañosos, la lengua arrogante de los que dicen: Engrandeceremos nuestra lengua, nuestros

¹⁴ Estas palabras del Señor, que más que citas literales son reminiscencias, no se citan precisamente como “Escritura” en el sentido en que San Clemente cita el Antiguo Testamento, si bien estaban ya escritas en los Evangelios, sino como dichos del Señor Jesús. El Evangelio fue ante todo palabra viva, catequesis. De los cristianos de Corinto, sin duda porque así lo veía en los de Roma, dice San Clemente que tenían las palabras del Señor grabadas en sus corazones.

labios están en nosotros. ¿Quién es nuestro Señor? Por la miseria de los pobres y por el gemido de los necesitados, me levantaré ahora, dice el Señor. Le pondré a salvo; obraré confiadamente en él” (Sal 31,19; 2,3 y sigs.).

La humildad de Jesucristo

Porque de los humildes es Jesucristo, no de los que se exaltan sobre su rebaño. El cetro de magnificencia de Dios, el Señor Jesucristo, no vino al mundo con aparato de arrogancia y de soberbia, aunque podía, sino con humildad, conforme lo había dicho de Él el Espíritu Santo.¹⁵ Porque dice: “Señor, ¿quién dio crédito a lo oído de nosotros? Y el brazo del Señor a ¿quién le fue revelado? Nosotros anunciamos delante de Él: es como un niño pequeño, como una raíz en la tierra sedienta. No tiene figura ni gloria. Y le vimos y no tenía figura ni hermosura, sino que su figura era despreciada, más fea que la figura de los hombres. Era un hombre que está en el azote y en el trabajo y que sabe de soportar flaqueza; porque su rostro está desviado, fue deshonrado y no fue considerado. Este lleva sobre sí nuestros pecados y sufre dolores por nosotros, y nosotros consideramos que Él estaba en trabajo y en tribulación. Él fue llagado por nuestros pecados y fue debilitado por nuestras iniquidades. La disciplina de nuestra paz está sobre Él y en su llaga fuimos nosotros sanados. Todos nos descarriamos como ovejas, y cada uno se extravió por su camino. Y el Señor le entregó por nuestros pecados y Él no abrió su boca al ser atribulado. Fue llevado como oveja al matadero; y como cordero mudo ante el esquilador, así no abre tampoco Él su boca. En su humillación fue levantado su juicio. ¿Quién explicará su generación? Porque su vida fue quitada de la tierra. Por las iniquidades de mi pueblo va a la muerte. Y daré los malvados por sepultura, y los ricos por su muerte. Porque Él no obró iniquidad ni fue hallado dolo en su boca. Y el Señor quiere liberarle del azote. Si vosotros le ofreciereis por vuestros pecados, verá vuestra alma larga descendencia. Y el Señor quiere quitar el trabajo de su alma, mostrarle luz y formarle en inteligencia, justificar al justo que sirvió bien a muchos. Y Él llevará los pecados de ellos. Por eso heredará a muchos y repartirá los despojos de los robustos, por haber entregado su alma a la muerte y haber

¹⁵ Este magnífico pasaje recuerda un poco el otro maravilloso de San Pablo, Flp 2,6-12, sobre la humillación y exaltación de Jesucristo: “Por lo cual, también Dios le exaltó y le dio un nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, de los celestes y de los terrestres y de los infernales, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor (Kyrios) para gloria de Dios Padre.” La fórmula “el Señor Jesús” (cf. 1 Co 12,3: “Nadie puede decir: El Señor (es) Jesús, sino en el Espíritu Santo”) era la profesión de fe más breve en la naciente Iglesia. Para San Clemente, “el Señor Jesucristo”, humillado conforme a la profecía de Isaías, es el cetro de la magnificencia de Dios, es decir, símbolo e instrumento de su poder soberano, que preexistía a su encarnación y venida al mundo.

sido reputado entre los malvados. Y Él llevó sobre sí los pecados de muchos, y por los pecados de ellos fue entregado” (Is 53,1-12). Y otra vez dice Él mismo: “Yo soy un gusano y no un hombre, deshonra de los hombres y desecho de la plebe. Todos los que me miraban se mofaban de mí, cuchicheaban con sus labios y movían la cabeza: Espero en el Señor, que Él le libre; que Él le salve, pues le quiere” (Sal 22,7-9).¹⁶ Mirad, señores carísimos, cuál es el dechado que se nos propone. Pues si así se humilló el Señor, ¿qué será bien que hagamos nosotros, los que por Él nos hemos sometido al yugo de gracia?

Otros ejemplos de humildad

Imitemos también a aquellos que iban vestidos de pieles de cabra y oveja, anunciando la venida de Cristo: nos referimos a Elías y Eliseo, además, a Ezequiel, a los profetas y, finalmente, a los que fueron por Dios atestiguados. Atestiguado fue Abraham con grande testimonio y “amigo de Dios” fue llamado (Is 41,8): y, sin embargo, mirando a la gloria de Dios, dice: “Yo soy polvo y ceniza” (Gn 18,27). Otro ejemplo: Sobre Job se escribe de esta manera: “Job, empero, era justo e irreprochable, verdadero, temeroso de Dios, alejado de todo mal” (Jb 1,1). Mas él se acusa a sí mismo diciendo: “Nadie está limpio de mancha, aun cuando su vida no sea más que un solo día” (Jb 14,4). Moisés fue llamado “fiel en toda su casa” (Nm 12,7), y por su servicio juzgó Dios a Egipto con plagas y tormentos. Mas tampoco éste, a pesar de su grande gloria, habló arrogante-mente, sino que al recibir el oráculo junto a la zarza, dijo: “¿Quién soy yo, para que me envíes? Yo soy débil de voz y tardo de lengua” (Ex 3,11; 4,10). Y otra vez dice: “Yo soy sólo vapor de un puchero hirviendo”.

Ejemplo de David

¿Y qué diremos de David, atestiguado por Dios? De él, efectivamente, dijo Dios: “He hallado un hombre según mi corazón, a David, hijo de Isaí; con misericordia eterna le he ungido” (Sal 89, 21). Sin embargo, también él le dice a Dios:

¹⁶ Es admirable la seguridad con que están aplicados a Jesucristo, Mesías doliente y humillado, estos fuertes pasajes de Isaías (¡todo un capítulo, famosísimo, reproducido íntegro!) y del salmo XXI, en contraste con la ceguera del judaísmo, que soñó un Mesías batallador y victorioso. Es el más hondo abismo que separó a la Iglesia de la Sinagoga. Por otra parte, se nos revela aquí un aspecto muy interesante de la vida cristiana primitiva: La mediación de la Pasión de Jesucristo. San Clemente estaba indudablemente familiarizado con estas exposiciones escriturarias ante los fieles de Roma, para iluminar el misterio de Cristo paciente. De los Corintios dijo que en sus días de fervor “tenían siempre ante sus ojos los padecimientos de Cristo”. ¿No se percibe todavía como un eco de la palabra ardiente de San Pablo, hablando de la pasión del Maestro?

“Compadécete de mí, oh Dios, según tu gran misericordia
y según la muchedumbre de tus misericordias,
borra mi iniquidad.
Lávame de mi iniquidad
y purifícame de mi pecado.
Porque yo conozco mi iniquidad
y mi pecado está delante de mí siempre.
Contra ti sólo he pecado
y en tu presencia hice el mal,
para que seas justificado en tus palabras
y venzas cuando eres juzgado.
Pues he aquí que en iniquidades fui concebido
y en pecados me llevó en su vientre mi madre.
Pues he aquí que amaste la verdad
y me mostraste lo oscuro y oculto de tu sabiduría.
Me rociarás con hisopo y seré purificado,
me lavarás y quedaré más blanco que la nieve.
Me harás oír regocijo y alegría,
se alegrarán los huesos humillados.
Aparta tu rostro de mis pecados
y borra todas mis iniquidades.
Crea en mí un corazón puro, oh Dios mío,
y renueva en mis entrañas un espíritu recto.
No me arrojes de tu presencia
y no apartes de mí tu Espíritu Santo.
Vuélveme la alegría de tu salvación
y afiánzame con espíritu de príncipe.
Enseñaré a los inicuos tus caminos
y los impíos se convertirán a ti.
Líbrame de sangres, oh Dios,

oh Dios de mi salvación.

Mi lengua ensalzará con regocijo tu justicia:

Señor, abrirás mi boca

y mis labios anunciarán tu alabanza.

Porque si hubiera querido sacrificio,

yo te lo hubiera ofrecido.

No te complacerás en holocaustos.

Sacrificio para Dios el espíritu contrito.

Dios no despreciará el corazón contrito y humillado.”

(Sal 51,3-19)

Conclusión sobre la humildad

Así, pues, la humildad y la modestia de tantos y tan grandes varones, así atestiguados por Dios, hizo mejores por medio de la obediencia no sólo a nosotros, sino también a las generaciones anteriores a nosotros, y a todos los que recibieron sus palabras con temor y verdad.

Como quiera, pues, que fuimos hechos partícipes de muchas y grandes y gloriosas acciones, corramos hacia el blanco de paz que desde un principio nos fue propuesto, y fijemos nuestros ojos en el Padre y Creador de universo y adhirámonos a los magníficos y sobreabundantes dones y beneficios de su paz. Mirémosle con nuestra mente y contemplemos con los ojos de nuestra alma su voluntad generosa. Démonos cuenta cuán benigno es para con toda su creación.

El orden de la naturaleza

Los cielos, movidos por su disposición, le están sometidos en paz. El día y la noche recorren la carrera por Él ordenada, sin que mutuamente se impidan. El sol y la luna y los coros de las estrellas giran, conforme a su ordenación, en armonía y sin transgresión ninguna, en torno a los límites por Él señalados. La tierra, germinando conforme a su voluntad, produce a sus debidos tiempos alimento abundante para hombres y bestias y para todos los animales que se mueven sobre ella, sin que jamás se rebele ni mude nada de lo que por Él fue ordenado. En las mismas ordenaciones se mantienen las regiones insondables de los abismos y los parajes inescrutables bajo la tierra. La concavidad del mar inmenso, contraído por artificio suyo al lugar de reunión de las aguas,

no traspasa jamás las cerraduras que le fueron puestas, sino que, como Dios le ordenó, así lo hace. Pues le dijo: “Hasta aquí llegarás y tus olas en ti se romperán” (Jb 38,11). El océano, invadible a los hombres, y los mundos más allá de él, se dirigen por las mismas ordenaciones del Señor. En paz se suceden unas a otras las estaciones de primavera y verano, de otoño e invierno. Los escuadrones de los vientos realizan su servicio a debido tiempo, sin estorbo alguno. Las perennes fuentes, construidas o creadas para nuestro goce y salud, ofrecen sin interrupción sus pechos para la vida de los hombres. Los más menudos animalitos forman sus ayuntamientos en paz y concordia. Todo eso ordenó el Artífice y Señor del universo que se mantuviera en paz y armonía, derramando sobre todas las cosas sus beneficios, y más copiosamente sobre nosotros que nos hemos acogido a su misericordia, por nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y la magnificencia por eternidad de eternidades. Amén.

Plan de vida cristiana

Vigilad, carísimos, no sea que sus muchos beneficios se conviertan en motivo de condenación para nosotros, si no lleváramos una conducta digna de Él y no hiciéremos en concordia lo que es bueno y agradable en su presencia. Porque dice en alguna parte: “El Espíritu del Señor es una linterna que escudriña los escondrijos del vientre” (Pr 20,27) Miremos cuan cerca está de nosotros y que nada se le oculta de nuestros pensamientos ni de los propósitos que tenemos. Justo es, pues, que no desertemos de su voluntad. Más vale que ofendamos a hombres insensatos y sin razón, engreídos y exaltados en la arrogancia de sus discursos, que no a Dios. Veneramos al Señor Jesús, cuya sangre fue derramada por nosotros. Respetemos a nuestros superiores, honremos a los ancianos, endecemos al bien a nuestras mujeres.¹⁷ Muestren la amable costumbre de la castidad; manifiesten la pura voluntad de su mansedumbre; hagan patente la moderación de su lengua por medio del silencio. No ofrezcan su amor por inclinaciones naturales, sino que santamente lo manifiesten por igual a todos los que temen a Dios. Participen nuestros hijos de la educación en Cristo.¹⁸ Aprendan cuánta es la fuerza de la humildad cerca de Dios; cuánto puede con Él el amor puro;

17 Quizá las mujeres tuvieron parte o fueron motivo de la discordia en la comunidad de Corinto. De ahí la larga recomendación que San Clemente les dirige. A las mujeres corintias fue a las que San Pablo dio la orden terminante: *Mulieres in ecclesia faceant* (1 Co 14,34)

18 Es muy notable esta remotísima preocupación de la Iglesia por la educación cristiana, “educación en Cristo”, de los jóvenes. San Clemente traza todo un plan pedagógico: La fuerza divina de la humildad, el poder del amor casto, la belleza y la grandeza del temor de Dios, la fe en su presencia y mirada íntima. San Clemente se muestra una vez más discípulo y “colaborador” de San Pablo, para quien fue también preocupación honda la educación de los hijos en la “paideia Kyriou”, en la educación del Señor (Ef 6, 4)

cuán bello y cuán grande es el temor de Dios y cómo salva a todos los que santamente caminan en Él con mente pura. Porque escudriñador es Dios de pensamientos y deseos. Su aliento está en nosotros y cuando Él quiera nos lo quitará.

Conclusión sobre el temor de Dios

Todo esto nos confirma la fe en Cristo. Pues Él mismo, en efecto, no invita por medio del Espíritu Santo diciendo: “Venid, hijos míos, y escuchadme, que yo os enseñaré el temor del Señor. ¿Quién es el hombre que quiere la vida, el que ama ver días buenos? Haz cesar tu lengua en el mal y que tus labios no pronuncien engaño. Apártate del mal y obra el bien, busca la paz y persíguela. Los ojos del Señor están sobre los justos y sus oídos sobre las súplicas de ellos. Mas el rostro del Señor, sobre los que obran mal, a fin de exterminar la memoria de ellos. Gritó el justo y el Señor le escuchó y le libró de todas sus tribulaciones” (Sal 34,12-18). “Muchos son los azotes del pecador; mas a los que esperan en el Señor, los rodeará la misericordia” (Sal 31,10).

La vuelta del Señor

Él que en todo es misericordioso y Padre benéfico, tiene entrañas de compasión sobre los que le temen, y benigna y amorosamente reparte sus gracias sobre los que con sencillo corazón se acercan a Él. No dudemos, por tanto, ni vacile nuestra alma sobre sus soberanos y gloriosos dones. Lejos de nosotros aquel lugar de la Escritura que dice: “Desgraciados los que dudan, los que están divididos en su alma, los que dicen: Eso oímos también en los días de nuestros padres; mas henos aquí ya viejos y que nada de eso nos ha sucedido a nosotros. ¡Oh insensatos! Comparaos con un árbol; tomad la vid por ejemplo. Primeramente arroja la hoja; luego brota un tallo; luego hojas; después flor, y tras ésta el agraz, y, finalmente, madura la uva. Mirad cómo en poco tiempo llega a madurar el fruto de un árbol. Pues en verdad que su voluntad se cumplirá también pronta y repentinamente, como quiera que la misma Escritura lo atestigua juntamente diciendo: Pronto vendrá y no tardará; repentinamente vendrá el Señor a su templo y el Santo a quien vosotros esperáis” (Is 13,22 y Mt 3,1).

El dogma de la resurrección

Consideremos, carísimos, cómo nos muestra el Señor continuamente la resurrección futura,

cuyas primicias hizo que fuera el Señor Jesucristo, resucitándole de entre los muertos.¹⁹ Miremos, carísimos, la resurrección que se da en la sucesión del tiempo, pues el día y la noche son para nosotros un ejemplo patente de la resurrección. Cuando la noche se duerme, se levanta el día: cuando se va el día, viene la noche. Tomemos también el ejemplo de los frutos. ¿Cómo y de qué manera se hace la siembra? Salió el sembrador y esparció sobre la tierra semilla tras semilla. Cayendo éstas sobre la tierra, secas y desnudas, empiezan a pudrirse; mas luego de pudrirse, la magnificencia de la providencia del Señor las resucita y de una brotan muchas y producen frutos.

Ejemplo del Ave fénix

Consideremos también el extraño signo que se da en las tierras de Oriente, es decir, en Arabia. Hay allí, efectivamente, un ave que tiene por nombre Fénix. Esta que es única en su especie, vive 500 años; y cuando llega al punto de su muerte, fabricase a sí misma un ataúd de incienso, mirra y otras especies aromáticas, en el que se mete al cumplírsele el tiempo y allí muere. Según va pudriéndose su carne nace cierto gusano, el cual, alimentado de la materia en putrefacción del animal muerto, echa también alas. Luego, hecho ya fuerte, levanta el ataúd en que están los huesos de su antecesor, y cargado con todo ello, realiza el viaje desde la región de Arabia hasta la ciudad llamada Heliópolis, en Egipto. Y en pleno día, a la vista de todo el mundo, vuela sobre el altar del sol y allí deposita los huesos. Ahora bien, los sacerdotes examinan las tablas de los tiempos y comprueban que el ave volvió cumplidos los 500 años.²⁰

¿Tenemos, pues, por cosa grande y admirable que el Artífice de todas las cosas haya de resucitar a todos los que santamente le sirvieron en confianza de buena fe, cuando hasta por medio de un ave nos muestra la magnificencia de su promesa? Pues dice en alguna parte: “Tú me resucitarás y yo te confesaré.” Y: “Me dormí y me sorprendió el sueño; mas desperté, pues Tú estás conmigo” (Sal 3,6; cf. 22,4). Y además Job dice: “Y Tú resucitaras esta carne mía, que ha sufrido todas estas cosas” (Jb 19,26).

19 ¿Qué objeto tiene esta larga digresión sobre la resurrección? ¿Seguían los corintios discutiendo como en los días de San Pablo este punto del dogma cristiano tan ajeno a la filosofía griega, que inspiró al Apóstol aquel sublime capítulo 15 de su Epístola a los mismos corintios? San Clemente la tiene delante. Para ambos, Pablo y Clemente, Jesucristo es “las primicias de los que durmieron” y despiertan a la vida nueva; ambos apelan a los símbolos de muerte y resurrección que nos ofrece la naturaleza en la germinación de los frutos de la tierra: “Necio, lo tú siembras no se vivifica, si no muere antes” (1 Co 15, 36). San Clemente alude también a la fábula del Ave Fénix, universalmente creída. Ni las comparaciones ni los ejemplos son pruebas propiamente dichas; lo que prueban realmente es la fe del que las aduce, y esto basta. Es sencillamente nuestra fe del credo: “Creo en la resurrección de la carne.”

20 San Clemente parece seguir, ampliándola, la narración de Herodoto, II, 73. Pudo también haber leído las noticias que sobre el Ave Fénix trae Plinio en su *Historia naturales*, X, 2, aparecida en el año 77 y dedicada al Emperador Tito. La fábula, por lo demás, era muy conocida.

El Omnipotente no puede mentir

Así, pues, con esta esperanza, únense nuestras almas al que es fiel en sus promesas y justo en sus juicios. Él que nos mandó no mentir, mucho menos mentirá Él mismo, pues nada hay imposible para Dios, sino el mentir. Reavívese, pues, en nosotros su fe y démonos cuenta de que todas las cosas están cerca de Él. Con una palabra de su magnificencia, lo estableció todo; y con una palabra, lo puede trastornar todo. “¿Quién le dirá: por qué has hecho eso? ¿O quién se opondrá a la fuerza de su poder?” (Sb 12,12; 11,22). Todo lo hará cuando quiera y como quiera y no hay peligro de que deje de cumplirse nada de lo ordenado por Él. Todas las cosas están delante de Él y nada escapa a su designio, como quiera que “los cielos cuentan la gloria de Dios en el firmamento anuncia la obra de sus manos. El día se lo dice al otro día y la noche lo da a conocer a la noche; y no hay discurso ni lenguas en que no se oigan sus voces” (Sal 19,2-4).

Siendo así, pues, que todo es por Él visto y oído, temámosle y demos de mano a los perversos deseos de las malas obras, a fin de que su misericordia nos proteja de los juicios futuros. ¿Dónde, en efecto, puede alguno de nosotros huir de su poderosa mano? ¿Qué mundo recogerá a los desertores de Dios? Pues dice la Escritura en alguna parte: “¿A dónde me escaparé y dónde me esconderé de tu vista? Si subiere al cielo, allí estás Tú; si me alejare a los confines de la tierra, allí está tu diestra; si me acostare en los abismos, allí está tu espíritu” (Sal 139,7 y sig.). ¿Adónde, pues, huirá nadie y a dónde se escapará de Aquél que lo envuelve y rodea todo?

Los cristianos, pueblo escogido de Dios

Acerquémonos, pues, a Él en santidad de alma, levantando hacia Él nuestras manos, puras e incontaminadas, amando a nuestro Padre benigno y misericordioso, que nos hizo porción suya escogida. Porque así está escrito: “Cuando el Altísimo dividía a las naciones, según esparcía a los hijos de Adán, puso los límites de los pueblos, conforme al número de los ángeles de Dios. Mas la porción del Señor fue su pueblo Jacob, y la parte de su herencia fue Israel” (Dt 32,8). Y en otro lugar dice: “He aquí que el Señor toma para sí un pueblo de entre los pueblos, como toma un hombre las primicias de su era; y de ese pueblo, saldrá el Santo de los santos” (Dt 4,34); 2 R 31,14;

Ez 48,12).²¹

Siendo, pues, una porción santa, practiquemos todo cuanto atañe a la santidad, huyendo de toda murmuración, de los abrazos perversos e impuros, de las embriagueces, las revueltas, los deseos abominables, del horrible adulterio, de la abominable soberbia.²² “Porque Dios —dice la Escritura— resiste a los soberbios; mas a los humildes, les da su gracia” (Pr 3,34). Unámonos, pues, a aquellos a quienes fue dada la gracia de parte de Dios. Revistámonos de concordia con espíritu de humildad y continencia, apartándonos muy lejos de toda maledicencia y murmuración, justificados por nuestras obras y no con nuestras palabras. Porque dice el Señor: “El que mucho habla, mucho tendrá a su vez que oír. ¿O es que cree el charlatán que por eso es justo? Feliz el nacido de mujer que vive poco tiempo. No seas excesivo en tus palabras” (Jb 11,2 y sig.). Nuestra alabanza ha de venir de Dios y no de nosotros mismos, pues Dios aborrece a los que se alaban a sí mismos. El testimonio de nuestra buena acción séanos dado por otros, como les fue dado a nuestros padres justos. El descaro, la jactancia y la temeridad dicen bien con los maldecidos de Dios; la modestia, la humildad y la mansedumbre, con los bendecidos de Dios.

Los caminos de la bendición divina

Unámonos, pues, a su bendición y consideremos cuáles son los caminos de su bendición. Revolvamos en nuestra mente los sucesos desde el principio. ¿Por qué fue bendecido nuestro padre Abraham? ¿No fue acaso por practicar la justicia y la verdad por medio de la fe? Isaac, aun conociendo lo por venir, se ofreció, sin embargo, con confianza y gustosamente como víctima. Jacob emigró de su tierra con humildad por causa de su hermano y marchó a casa de Labán y le sirvió y le fue concedido el cetro de las doce tribus de Israel. Lo cual, quien en particular lo examine exactamente, verá la magnificencia de los dones que fueron concedidos por Dios a Jacob. Porque de él proceden todos los sacerdotes y levitas que sirven en el altar de Dios; de él, el señor Jesús, según la carne; de él, por Judá, los reyes y príncipes y señores. Y los demás cetros suyos tampoco es pequeña la gloria que tienen, como quiera que Dios le prometió: “Tu descendencia será como las

21 San Clemente aplica estos textos con absoluta naturalidad al pueblo cristiano, que es el “Resto de Dios”, el que continúa y perfecciona la antigua alianza de Dios con los hombres. Las Escrituras con sus promesas, con sus hombres santos, con su verdad divina, pertenecen al pueblo cristiano, verdadero pueblo escogido, después de la reprobación de Israel.

22 Si esta enumeración de vicios tiene que ver, como aparece, con los sucesos de Corinto, hay que convenir que el cuadro de floreciente virtud de los primeros capítulos de la carta tiene más de cortesía o ideal deseado que de realidad histórica.

estrellas del cielo” (Gn 22,17; Rm 9,5).

En conclusión, todos fueron glorificados y engrandecidos no por sí mismo ni por sus obras ni por la justicia que practicaron, sino por la voluntad de Dios. Luego tampoco nosotros, que fuimos llamados en Jesucristo por su voluntad, nos justificamos por nosotros mismos ni por nuestra sabiduría, inteligencia, piedad y obras que hayamos practicado en santidad de corazón, sino por la fe; por aquella fe, por la que el Dios omnipotente justificó a todos desde el principio. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.²³

Fervor en el bien obrar

Ahora bien, ¿qué vamos a hacer nosotros? ¿Desfalleceremos en la práctica del bien, y abandonaremos la caridad? No permita en modo alguno del Señor que nos suceda tal cosa a ninguno de nosotros, sino apresurémonos más bien a llevar a cabo toda obra buena con perseverancia y fervor. Porque el mismo Artífice y Señor de todas las cosas se complace en sus obras. Con su poder soberano, en efecto, afirmó los cielos y con su sabiduría incomprensible los ordenó. Separó la tierra del agua que la rodeaba y asentóla en el cimiento firme de su propia voluntad; y con su mandato y ordenación, hizo ser los animales que sobre ella se mueven. Al mar y a los animales que en el mar viven, habiéndolos antes creado, los encerró con su poder en sus propios términos. Con sus sagradas e intachables manos, plasmó al hombre, la criatura más excelente y grande de todas por su inteligencia, imprimiendo en él la imagen de sí mismo. Dice, en efecto, Dios: “Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra. E hizo Dios al hombre; varón y mujer los creó” (Gn 1,26). Ahora bien, una vez concluidas todas estas cosas las alabó y bendijo diciendo: “Creced y multiplicaos” (Gn 1,28). Ya vimos que todos los justos se adornaron con buenas obras y el mismo Señor se adornó con ellas y se alegró. Teniendo, pues, este modelo, acerquémonos fervorosamente a su voluntad y con todas nuestras fuerzas abracemos la obra de la justicia.

23 San Clemente tiene, sin duda, presente la doctrina de San Pablo sobre la justificación por la fe y el magnífico ejemplo de Abraham; pero es patente que ni uno ni otro excluyen la cooperación del hombre en la justificación, que viene de Dios, tiene su raíz en la fe y su plena expansión en la caridad: “Justificados, pues, por la fe, tenemos ya paz con Dios por nuestro Señor Jesucristo, por el cual también hemos tenido el acceso a la fe, para alcanzar esta gracia en que estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios; y no sólo eso, sino que nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la paciencia, la paciencia la prueba y la prueba la esperanza. Ahora bien, la esperanza no se confunde, porque la caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5,1-6). Lo mismo para San Clemente. La fe que proclama como único camino de la bendición de Dios, es una fe activa y fervorosa, que imita el eterno obrar de Dios, el cual se complace en su creación. Nada más lejos de este “romano”, ordenador y práctico, que una mera especulación o vaguedad sentimental de la fe.

La esperanza del premio motivo de fervor

El buen trabajador toma con confianza el pan de su trabajo; mas el perezoso y holgazán no se atreve a levantar los ojos a su amo. Justo es, pues, que seamos nosotros fervorosos en el bien obrar, pues de Él procede todo. Porque ya de antemano nos dice la Escritura: “He aquí el Señor y en su mano está su recompensa, para pagar a cada uno según sus obras” (Is 40,10; 62,11). Incítanos a nosotros, que creemos en Él con todo nuestro corazón, a que no seamos flojos y tibios para ninguna obra buena. En Él esté nuestra gloria y nuestra confianza. Sometámonos a su voluntad. Consideremos cómo sirven a su voluntad y asisten en su presencia toda la muchedumbre de sus ángeles, pues dice la Escritura: “Diez mil miríadas le asisten y mil millares le servían y gritaban: Santo, Santo, Santo el Señor Sebaot; toda la creación está llena de su gloria” (Dn 7,10; Is 6,3). También nosotros, por tanto, congregados por nuestra conciencia en unidad y concordia, clamemos fervorosamente hacia Él como con una sola boca, a fin de hacernos partícipes de sus grandes y espléndidas promesas. Pues dice: “Ni ojo vio ni oído oyó ni a corazón de hombre llegó lo que el Señor tiene preparado para los que esperan en Él” (1 Co 2,9; Is 64,4).²⁴

Merezcamos los dones de Dios

¡Qué dichosos y admirables, carísimos, son los dones de Dios! Vida en inmortalidad, regocijo en justicia, verdad en libertad, fe en confianza, continencia en santidad, y todo eso lo que ahora conocemos. ¿Pues qué será lo que está preparado a los que perseveran? Sólo el Artífice y Padre de los siglos, el que es todo santo, sólo Él conoce su número y su belleza. Nosotros, pues, esforcémosnos por ser hallados en el número de los que perseveran, a fin de participar de los dones prometidos. ¿Mas cómo conseguirlo, carísimos? Lo conseguiremos, si nuestra mente está fiel y firmemente afianzada en Dios; si buscamos lo que a Él es acepto y agradable; si cumplimos lo que conviene a su voluntad intachable; si seguimos el camino de la verdad, arrojando lejos de nosotros toda iniquidad y maldad, avaricia, contiendas, mal carácter y engaños, calumnias y murmuraciones, odio a Dios; soberbia y arrogancia, vanagloria e inhospitalidad. Pues los que tales cosas hacen, son aborrecidos de Dios; y no sólo los que las hacen, sino también los que se complacen en ellas.

²⁴ La cita es de San Pablo, pero contaminada con otro pasaje de Isaías. San Pablo dice: “Para los que le aman”; Isaías: “Para los que esperan en Él.” La contaminación prueba que San Clemente escribe o cita de memoria y que, por lo tanto, la Escritura entera le era familiar y sus textos le zumbaban como un enjambre del alma.

Pues dice la Escritura: “Mas al pecador le dijo Dios: ¿Por qué cuentas tú mis justicias y tomas en tu boca mi testamento? Pues tú odiaste la educación y te echaste mis palabras a la espalda. Si veías un ladrón, corrías con él, y con los adúlteros entrabas a la parte. Tu boca se desbordó de malicia y tu lengua urdió engaños. Te pusiste de asiento a hablar mal contra tu hermano, y al hijo de tu madre le pusiste tropiezo. Todo eso hiciste y yo callé. Creías, oh malvado, que iba yo a ser semejante a ti. Te argüiré y te pondré delante de tu propia cara. Entended, pues, esto los que os olvidáis de Dios, no sea que os arrebate como un león y no halléis quien os libre. Un sacrificio de alabanza me glorificará y allí está el camino en que le mostraré la salvación” (Sal 50,16-23).

Himno a Jesucristo

Este es el camino, carísimos, en que encontramos la salvación, que es nuestro Señor Jesucristo.²⁵ Él es Sumo Sacerdote de nuestros sacrificios y protector y ayudador de nuestra flaqueza. Por Él fijamos nuestros ojos en las alturas del cielo. Por Él contemplamos, como en un espejo, la inmaculada y altísima faz de Dios. Por Él se nos abrieron los ojos de nuestro corazón. Por Él nuestra mente, insensata y oscurecida antes, reflorece ahora en su luz admirable. Por Él hizo el Señor que nosotros gustásemos del conocimiento inmortal. “Él, que siendo resplandor de su grandeza, es tanto mayor que los ángeles, cuanto heredó un nombre más excelente.” (Hb 1,3) Porque está escrito: “El que hace a sus mensajeros vientos y ministros suyos llama de fuego.” (Sal 104,4; Hb 1,7) Mas sobre su Hijo, dijo el Señor: “Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy; pídemelo y te daré las naciones por tu herencia y por posesión tuya los términos de la tierra.” (Sal 2,7; Hb 1,5) Y otra vez le dice: “Siéntate a mi derecha, mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies.” (Sal 110,1; Hb 1,13)

Ahora bien, ¿quiénes son esos enemigos? Los malvados y los que se oponen a su voluntad.²⁶

El ejército y el cuerpo humano

Militemos, pues, oh hermanos con toda decisión bajo sus órdenes intachables. Consideremos

25 En Jesucristo se cifra toda bendición divina y en Él termina todo camino que llega a Dios. Aquí San Clemente compone un verdadero himno a la gloria de Jesucristo, himno que, aun literariamente, tiene ritmo y movimiento poético, impuesto por el fervor y exaltación de la fe en Jesucristo. La nueva vida de las almas la estaba también infundiendo a la lírica griega, muerta y muda desde que la antigua fe se extinguió en las almas.

26 La última cita escrituraria y su breve explicación, forman una transición a la segunda parte de la carta, que entra de lleno en el tema de la discordia y disensión de la iglesia de Corinto.

a los que militan bajo las órdenes de nuestros jefes del ejército, con qué disciplina, con qué exactitud, con qué sumisión ejecutan cuanto se les ordena. No todos son perfectos ni todos tribunos ni centuriones y quincuagenarios y así de los demás grados; pero cada uno, en su orden, ejecuta lo mandado por el Emperador y por jefes superiores.²⁷

Los grandes no pueden subsistir sin los pequeños, ni los pequeños sin los grandes. En todo ha de haber cierta mezcla y en eso está la utilidad. Tomemos por ejemplo nuestro cuerpo. La cabeza sin los pies no es nada, y nada son igualmente, los pies sin la cabeza; sino que los más pequeños miembros de nuestro cuerpo son necesarios a todo el cuerpo, y todos se ordenan de consuno a la conservación de todo el cuerpo.²⁸

Un solo cuerpo en Cristo

Consérvese, pues, nuestro cuerpo íntegro en Cristo Jesús, y sométase cada uno a su prójimo, conforme al puesto en que fue colocado por su gracia. El fuerte cuide del débil y el débil tenga consideración al fuerte, El rico suministre al pobre y el pobre dé gracias a Dios de que le deparó quien remedie su necesidad. El sabio muestre su sabiduría no sólo en palabras, sino también en buenas obras. El humilde no se dé testimonio a sí mismo, sino deje que otros atestigüen por él. El casto en su carne no sea por ello arrogante, sabiendo que es otro quien le concede la continencia. Recapitemos, pues, hermanos, de qué manera fuimos hechos; cuáles y quiénes éramos al entrar en este mundo; de qué sepulcro y de qué tinieblas nos sacó el que nos plasmó y crió para introducirnos en su mundo, en el que nos tenía preparados sus beneficios antes de nacer nosotros. Como tengamos, pues, todas esas cosas de su mano, debemos también en todo darle gracias. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Necios sobre arrogantes

Los imprudentes e insensatos, los necios e ignorantes, son los que se burlan y mofan de nosotros, mientras tratan de exaltarse a sí mismos en sus pensamientos. ¿Mas qué es lo que puede el mortal? ¿O cuál es la fuerza del nacido de la tierra? Porque escrito está: “No había forma ante mis

27 La comparación de la disciplina del ejército con la subordinación jerárquica que ha de reinar en la Iglesia, es muy del gusto romano. Ya en el Evangelio aparece el soldado romano, como ejemplo de obediencia y disciplina. Por los demás, nótese que San Clemente habla de “nuestros jefes” del ejército. Él era o se sentía romano.

28 La comparación del cuerpo humano con las funciones jerárquicas de la Iglesia es estrictamente paulina (1 Co 12, 12 y sig.).

ojos, sino que oí sólo un susurro y una voz: Pues qué, ¿acaso el mortal estará limpio ante el Señor? ¿O será el varón irreprochable en sus obras? Cuando de sus siervos no se fía y en sus ángeles entendió cosa torcida. El cielo no está limpio delante de Él. ¡Cuánto menos los que habitan casas de barro, a los que pertenecemos nosotros, como hechos del mismo barro! Los consumió como polilla y de la noche a la mañana ya no existen. Perecieron, por no poderse ayudar a sí mismos. Sopló sobre ellos y se acabaron, por no tener sabiduría. Invoca, a ver si alguno te escucha o ves a alguno de los ángeles. Porque al necio le mata la ira y al descarriado le quita la vida la envidia. Yo he visto al insensato echar raíces; mas al punto se consumió su vivienda. Lejos están de la salvación sus hijos. Sean despreciados en las puertas de los menores y no hay quien los libre. Porque lo que ellos prepararon, lo comerán los justos; mas ellos no se librarán de los males.” (Jb 4,16-21; 5,1-5)

Orden en lugar, tiempo y personas

Como quiera, pues, que todas estas cosas nos son manifiestas y habiéndonos inclinado a mirar las profundidades del conocimiento divino, debemos hacer ordenadamente cuanto el Señor nos mandó cumplir en sus tiempos diputados. Pues no quiere Él que las ofrendas y servicios del culto se hagan a la ventura y desordenadamente, sino en los tiempos y horas señalados. Y dónde y por quiénes quiere Él que se realicen, Él mismo lo determinó con su soberana voluntad, a fin de que, haciéndose todo santamente, sea acepto en beneplácito a su voluntad. Consiguientemente, los que en sus tiempos diputados hacen sus ofrendas, éstos son aceptos y bienaventurados; pues siguiendo los preceptos del Señor no pueden errar. Pues en efecto (aun en la antigua ley),²⁹ al Sumo Sacerdote le estaban encomendadas sus propias funciones; su propio lugar tenían señalado los sacerdotes, y servicios peculiares se imponían a los levitas. El hombre laico, finalmente, está también ligado por preceptos laicos.

Cada uno de nosotros, hermanos, procure agradar a Dios en su propio orden, conservándose en buena conciencia, sin traspasar la regla fijada de su ministerio, en toda reverencia y gravedad. No en todas partes, hermanos, se ofrecen sacrificios perpetuos o impetratorios o propiciatorios o por el pecado, sino sólo en Jerusalén, y aun allí tampoco se ofrecen en todo lugar, sino delante del templo, junto al altar, después que la víctima fue examinada en sus tachas por el Sumo Sacerdote

²⁹ Añado el breve paréntesis, pues así lo pide el enlace lógico, como quiera que la exhortación al orden se refiere a la comunidad cristiana y la prueba se aduce de la jerarquía de la antigua ley.

.....

y por los ministros antedichos. Ahora bien, los que hacen algo contra lo que conviene a la voluntad de Dios, tienen señalada pena de muerte. Ya veis, hermanos; cuanto es mayor el conocimiento que Él se dignó concedernos, tanto es mayor el peligro a que estamos expuestos.

La jerarquía cristiana: Dios-Cristo-Apóstoles

A los apóstoles se les confió el Evangelio para nosotros de parte del Señor Jesucristo, y Jesucristo fue enviado por Dios. Así, pues: Cristo de parte de Dios y los apóstoles de parte de Cristo; y ambas cosas, consiguientemente, se hicieron ordenadamente de parte de Dios. Habiendo, pues, recibido los apóstoles los mandatos del Señor, asegurados por la resurrección del Señor Jesucristo y afirmados en la fe de la palabra de Dios, llenos de la certidumbre que les infundió el Espíritu Santo, salieron a dar la buena noticia del reino de Dios que estaba para llegar. Pregonando, pues, la buena nueva por lugares y por ciudades y bautizando a los que obedecían a la voluntad de Dios, establecían a los que eran primicias de entre ellos, después de aprobarlos por el Espíritu, por vigilantes o inspectores y por ministros de los habían de creer. Y esto no era novedad; pues de mucho tiempo atrás estaba escrito acerca de los vigilantes y ministros. Pues en cierto lugar dice la Escritura: “Estableceré a los vigilantes de ellos en justicia y a los ministros de ellos en fe.” (Is 60,17).³⁰

Ejemplo de Moisés

¿Y qué tiene de extraño que aquellos a quienes se les confió en Cristo una obra tal de parte de Dios, establecieran a los susodichos? Siendo así que también el bienaventurado Moisés, “el siervo fiel en toda su casa” (Nm 12,7), consignaba en los sagrados libros todo lo que Él le ordenaba; al que siguieron los demás profetas, añadiendo su testimonio a lo que fue por aquél legislado. Moisés, pues, en ocasión en que estalló la envidia entre las tribus acerca del sacerdocio y contendían entre sí sobre cuál de ellas había de engalanarse con este nombre glorioso, mandó a los doce cabezas de tribu que le trajeran sendas varas, con el nombre de cada tribu escrito sobre ellas. Y tomándolas Moisés, hizo de ellas un manojó, sellólas con los anillos de los cabezas de tribu y depositólas en la tienda del testimonio sobre la mesa de Dios. Y habiendo cerrado la tienda, selló las llaves lo

³⁰ Los Setenta dicen: “Y daré tus príncipes en paz y tus vigilantes en justicia.” San Clemente cita de memoria. En todo este pasaje hay una serie de palabras, que estamos acostumbrados a decir en griego, con pérdida y oscurecimiento de su sentido primitivo, terso y brillante, en la lengua original, como moneda recién acuñada. Yo traduzco obispo (*episcopos*) por “vigilante” o “inspector”; diácono, por “ministro”; evangelizar, por “dar una buena noticia”, *keryssein*, por “pregonar”.

mismo que hiciera con las varas y díjoles: “Hermanos, aquella tribu cuya vara retoñare, ésa es la que el Señor se ha escogido para el sacerdocio y para su servicio.” Venida la mañana siguiente, convocó a todo Israel, a aquellos seiscientos mil hombres, y mostró los sellos a los cabezas de tribu; abrió luego la tienda del testimonio y sacó afuera las varas. Y hallóse que la vara de Aarón no sólo había retoñado, sino que llevaba también fruto. (Nm 17) ¿Qué os parece, carísimos? ¿Es que no sabía Moisés de antemano que esto había de suceder así? Sí que lo sabía. Mas hízolo así, a fin de que no se produjera contienda en Israel y fuera glorificado el nombre del verdadero y solo Señor. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Previsión de los apóstoles

También nuestros apóstoles, por inspiración de nuestro señor Jesucristo, tuvieron de antemano conocimiento de que habría contienda sobre este nombre del episcopado. Por esta causa, pues, como tuvieran perfecta previsión de lo por venir, establecieron en él a los susodichos y juntamente les impusieron mandato para en delante de que, cuando ellos murieran, otros hombres aprobados les sucedieran en el ministerio.

Ahora, pues, a hombres constituidos por aquellos o posteriormente por otros varones esclarecidos con aprobación de la comunidad; hombres que además sirvieran al rebaño de Cristo irreprochablemente, con espíritu de humildad, con tranquilidad y sin avaricia, atestiguados por mucho tiempo por todos; a tales hombres, os decimos, no creemos que justamente se les pueda arrojar de sus ministerios. Cometeremos, en efecto, un pecado nada pequeño si deponemos de su cargo de obispos a los que santamente y sin reproche han ofrecido sus dones. Felices aquellos “ancianos” que terminaron ya su carrera y alcanzaron un fin fructuoso y perfecto, pues no tienen ya que temer que nadie los arranque del lugar en que se asientan. Vemos, en efecto, que vosotros habéis removido a algunos, a pesar de su excelente conducta, del ministerio honrosa e irreprochablemente desempeñado por ellos.

Quiénes persiguen a los justos

Rivalizad, hermanos, y porfiad por las cosas que atañen a la salvación. Os habéis inclinado sobre las Sagradas Escrituras, que son verdaderas, como inspiradas que son por el Espíritu Santo.

Ya sabéis que nada hay escrito en ellas injusto ni falso.³¹ Ahora bien, no hallaréis en ellas que los justos fueran perseguidos por hombres santos. Cierto que fueron perseguidos, mas por los inicuos; fueron encarcelados, mas por los impíos; fueron apedreados, mas por los transgresores de la ley; fueron muertos por aquellos que concibieron una injusta y perversa envidia. Y ellos todo eso lo sufrieron gloriosamente. ¿Qué vamos a decir, hermanos? ¿Es que Daniel fue arrojado al lago de los leones por los que temían a Dios? ¿Y Ananías, Azarías y Misael fueron acaso encerrados en el horno por los que practicaban el culto magnífico y glorioso del Altísimo? De ninguna manera. ¿Quiénes fueron, pues, los que esto hicieron? Los aborrecidos de Dios y llenos de toda iniquidad, los cuales hasta tal punto ardieron en ira y furor, que arrojaron a los tormentos a aquellos que servían a Dios en santo e irreprochable propósito. Y es que ignoraban que el Altísimo es defensor y escudo de los que con pura conciencia sirven a su nombre, que contiene toda virtud. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Mas los que perseveraron en confianza, heredaron la gloria y el honor, fueron exaltados y quedaron inscritos por Dios en su recuerdo por los siglos de los siglos. Amén.

¡Unos en Cristo!

También nosotros, hermanos, debemos adherirnos a tales ejemplos, pues está escrito: “Juntaos a los santos, porque los que con ellos se juntan se santificarán.” Y otra vez, en otro lugar, dice: “Con el inocente serás inocente, con el elegido será elegido y con el perverso te pervertirás.” (Sal 18,26-27) Juntémonos, pues, con los inocentes y justos, ya que éstos son los escogidos de Dios. ¿A qué vienen entre vosotros las contiendas, las riñas y banderías, las escisiones y la guerra? ¿Es que no tenemos un solo Dios y un solo Jesucristo y un solo Espíritu de gracia que se derramó sobre nosotros? ¿No es una sola nuestra vocación en Cristo? ¿Por qué desgarramos y despedazamos los miembros de Cristo y nos dividimos contra nuestro propio cuerpo y llegamos hasta tal punto de insensatez que nos olvidamos que somos los unos miembros de los otros? Acordaos de las palabras de nuestro Señor Jesús, que dijo: “¡Ay de aquel hombre! Mejor le fuera no haber nacido que escandalizar a uno de mis escogidos. Mas le valiera que se le colgara una piedra de molino al cuello

31 Toda la carta de San Clemente, saturada de espíritu escriturario, es un magnífico testimonio de la fe de la primitiva Iglesia en la inspiración divina de la Sagrada Escritura. Y no menos clara es la conciencia que la Iglesia tiene desde un principio de que las Escrituras le pertenecen a ella, como heredera sola de la revelación y de las promesas divinas. Para Clemente -ya lo vimos- sólo hay un pueblo de Dios, que es la Iglesia.

.....
y fuera arrojado al fondo del mar, que no extraviar a uno solo de mis escogidos.” (Mt 26,24; Mc 9,2; Lc 17,2) Vuestra escisión extravió a muchos, desalentó a muchos, hizo dudar a muchos, nos contristó a todos nosotros. Y esa discordia vuestra es contumaz.

El recuerdo de San Pablo

Tomad en vuestra mano la carta del bienaventurado Pablo apóstol. ¿Qué os escribió en los comienzos del evangelio? Inspirado en verdad por el Espíritu Santo, os escribió sobre sí mismo, sobre Cefas y Apolo, como quiera que también entonces fomentabais las parcialidades.³² Mas aquella parcialidad fue menos culpable que la actual, pues al fin os inclinabais a apóstoles atestiguados por Dios y a un hombre aprobado por éstos. Pero ahora considerad quiénes os han extraviado y quiénes han hecho disminuir la veneración de vuestra antes celebrada fraternidad.

Vergonzosa cosa es, hermanos, cosa en extremo vergonzosa e indigna de la conducta en Cristo, oír que la firmísima y antigua comunidad de Corinto esté, por causa de una o dos personas, en discordia con sus ancianos.³³ Y esta noticia no llegó sólo hasta nosotros, sino hasta los que no sienten como nosotros,³⁴ hasta el punto de que por vuestra insensatez hacéis blasfemar el nombre del Señor y os acarreáis a vosotros mismos grave peligro.

Cristo fuerza de los judíos

Arranquemos, pues, rápidamente todo eso y postrémonos ante el Señor y supliquémosle con lágrimas nos sea propicio y nos reconcilie consigo y nos restablezca en la pura y sagrada conducta de nuestra fraternidad. Porque esa es la puerta abierta de la justicia, conforme está escrito: “Abridme las puertas de la justicia; entrando por ellas, confesaré al Señor. Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella.” (Sal 118,19 y sig.) Como quiera, pues, que haya muchas puer-

32 Este pasaje es un hermoso testimonio sobre la actual Epístola I de San Pablo a los Corintios. Según San Clemente, fue escrita en el principio del Evangelio, es decir, de la predicación de San Pablo, y la escribe el apóstol “pneumatikós” inspirado por el Espíritu Santo. La fecha de 1 Co se pone en el 56 o 57.

33 Los “ancianos”, *presbyteroi*, no son aquí estrictamente los sacerdotes o presbíteros, sino los obispos y quizá también sus “ministros” o diáconos. Sólo más tarde se ciñe la significación a los presbíteros o sacerdotes.

34 Judíos y paganos sabían las luchas internas de la comunidad corintia, con grave quebranto de su prestigio.

tas abiertas, la puerta de la justicia es la que está en Cristo.³⁵ Bienaventurados los que entren por ella y enderezaren sus pasos en santidad y justicia, cumpliendo todas las cosas sin perturbación. Sea uno fiel, sea capaz de explicar profundos conocimientos, sea sabio en el discernimiento de discursos, sea finalmente santo en sus obras; en todo caso, cuanto más grande se crea a sí mismo, tanto debe ser más humilde y no buscar sólo su propio provecho, sino el común de todos.

Himno a la caridad

El que tiene caridad de Cristo, guarda los mandamientos de Cristo. ¿Quién puede explicar el vínculo de la caridad de Dios? ¿Quién será capaz de decir la magnificencia de su hermosura? La altura a que nos levanta la caridad es inexplicable. La caridad nos une con Dios. La caridad cubre la muchedumbre de los pecados. (1 P 4,8) La caridad todo lo soporta, todo lo sufre; nada hay vil en la caridad, nada soberbio. La caridad no promueve escisiones; la caridad no gusta de banderías. La caridad lo hace todo en concordia. En la caridad se perfeccionaron todos los escogidos de Dios. Sin caridad nada hay agradable a Dios. En la caridad nos acogió a nosotros el Señor. Por la caridad que nos tuvo, dio su sangre por nosotros Jesucristo Nuestro Señor, conforme a la voluntad de Dios. Su carne, por nuestra carne, y su alma, por nuestras almas.

Ya veis, queridos, qué grande y admirable cosa es la caridad y que no es posible explicar su perfección. ¿Quién será digno de ser hallado en ella sino aquellos que tenga el Señor por dignos? Roguemos, pues, y supliquemos a su misericordia y seamos hallados en la caridad, intachables, sin parcialidad humana. Todas las generaciones, desde Adán hasta el día de hoy, han pasado; mas los que fueron perfectos en la caridad, según la gracia de Dios, ocupan el lugar de los piadosos, los cuales serán manifestados, cuando apareciere el reino de Cristo. Pues está escrito: “Entrad en vuestras recámaras un poco, tanto cuanto hasta que pase la ira y furor del Señor, y me acordaré del día bueno y os resucitaré de vuestros sepulcros.” (Is 26,20) Felices de nosotros, carísimos, si cumpliéremos los mandamientos de Dios en la armonía de la caridad, a fin de que por la caridad se nos

35 Este final de la exhortación sobre la puerta de la justicia, que es Cristo, forma una hermosa transición al elogio de la caridad, todo él de genuino sabor paulino y evidentemente inspirado en el célebre pasaje de la 1 Co 13,1-13. Aun literariamente, nada hay en la literatura griega del tiempo que pueda compararse remotamente con este himno ardiente del apóstol, y lo mismo, en la debida proporción, puede decirse del que aquí entona su discípulo y colaborador Clemente. Y no se trata de una cita, como otras largas copias de los libros santos, sino de una íntima asimilación vital de la doctrina sobre la caridad del gran Apóstol. Realmente, se inclina uno a identificar con el Clemente de Flp 4,3 al autor de este magnífico himno al amor cristiano.

perdonen nuestros pecados. Pues está escrito: “Bienaventurados aquellos a quienes les fueron perdonadas sus iniquidades y a quienes fueron cubiertos sus pecados. Bienaventurado el varón a quien no le impute el Señor su pecado y en cuya boca no hay dolo.” (Sal 31,1-2) Esta bienaventuranza fue concedida a los que fueron escogidos por Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Llamamiento a la penitencia

Supliquemos, pues, que nos sean perdonados nuestros pecados que cometimos por asechanzas de nuestro adversario, y aun aquellos que fueron cabezas de la disensión y bandería deben mirar nuestra comunidad de esperanza. Aquellos, en efecto, que proceden con temor y caridad prefieren antes sufrir ellos mismos los tormentos que ver sufrir a los demás; antes se acusan ellos a sí mismos, que no aquella concordia que justa y hermosamente nos fue transmitida. Más vale a un hombre confesar sus pecados³⁶ que no endurecer el corazón, como se endureció el corazón de los que se rebelaron contra el siervo de Dios Moisés, cuya condenación fue manifiesta, pues bajaron vivos al infierno y “la muerte los apacienta”. (Nm 16,31 y ss.; Sal 48,15) Faraón y su ejército y todos los príncipes de Egipto, sus carros y los que los montaban no por otra causa fueron hundidos en el mar Rojo y perecieron, sino por haberse endurecido sus corazones insensatos, después de aquellos prodigios y milagros hechos por Moisés, siervo de Dios, en la tierra de Egipto. De nada necesita, hermanos, el que es Dueño de todas las cosas, sino de que le confesemos nuestros pecados, pues dice el escogido David: “Confesaré al Señor mis pecados y le agrada mi confesión más que un novillo que echa cuernos y pezuñas. Mírenlo los pobres y alégrense.” (Sal 69,31) Y otra vez dice: “Sacrifica a Dios sacrificio de alabanza y cumple al Señor tus votos; e invócame en el día de tu tribulación y yo te libraré y tú me glorificarás.” (Sal 50,14) “Porque sacrificio es para Dios un espíritu contrito.” (Sal 51, 19)

Consejo a los sediciosos

³⁶ La confesión que aquí reclama San Clemente como condición de perdón es un acto estrictamente sacramental, no un mero reconocimiento de un hecho, público por otra parte. Lo contrario es un endurecimiento del corazón, no un mero aferrarse a la propia opinión. La necesidad de la confesión, aunque pudiera variar su forma, fue siempre sentida por la tradición cristiana: St 5,16; 1 Jn 1,9; Hch 19,18; y entre “los Padres Apostólicos”, la *Epístola Barnabae*, 19, dice: “Confesarás tus pecados; no te acercarás a la oración con conciencia mala.” Lo mismo la *Didaché*: “Reunidos en el día del Señor, romped el pan y dad gracias después de haber confesado vuestros pecados, a fin de vuestro sacrificio sea puro” (XIV, 1). La tradición patristica es ya ininterrumpida en el uso de *hexomologeisthai* como término técnico de la confesión sacramental.

Conocéis, queridos, y conocéis muy bien, las Sagradas Escrituras y habéis penetrado en las palabras de Dios. Sólo, pues, como recuerdo os escribimos todo esto. Moisés, en efecto, habiendo subido al monte y pasado allí en ayuno y humildad cuarenta días y cuarenta noches, díjole Dios: “Moisés, Moisés, baja enseguida de aquí, porque prevaricó tu pueblo, los que sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que les mandaste seguir y se han fabricado imágenes de fundición.” (Ex 23,7; Dt 9,12) Y díjole el Señor: “Te he hablado una y otra vez diciéndote: He visto este pueblo y veo que es de dura cerviz; déjame exterminarlos, borrar su nombre de debajo del cielo, y haré de ti una nación grande y admirable y mucho mayor que ésta. Y contestó Moisés: De ninguna manera, Señor; perdona a este pueblo su pecado o bórrame a mí del libro de los vivos.” (Ex 32,32) ¡Oh caridad grande! ¡Oh perfección insuperable! El siervo habla confiadamente a su Señor, pide perdón para la muchedumbre o exige, en otro caso, se le borre a él también juntamente con ellos.

Ahora, pues, ¿quién hay entre vosotros generoso? ¿Quién compasivo? ¿Quién lleno de caridad? Ese tal diga: “Si por mi causa vino la bandería, la contienda y las escisiones, yo me retiro; marcharé a donde queráis y haré lo que ordenare la comunidad, con tal de que el rebaño de Cristo esté en paz con los ancianos establecidos.” El que esto haga, se adquirirá una grande gloria en Cristo y todo lugar le recibirá, “pues del Señor es la tierra y toda su plenitud,” (Sal 24,1) Así obraron y así seguirán obrando aquellos que se portaron conforme a la conducta de Dios, de la que no cabe jamás arrepentirse.

Ejemplos gentiles de abnegación

Y hasta podemos citar ejemplos de gentiles. Muchos reyes y príncipes, en tiempo de peste, en virtud de algún oráculo, se entregaron a sí mismos a la muerte, a fin de librar por su sangre a los ciudadanos.³⁷ Muchos se retiraron de sus propias ciudades, a fin de que no siguieran divididas en bandos.³⁸ Sabemos que entre nosotros muchos se entregaron a las cadenas para rescatar a otros. Muchos se vendieron por esclavos y con el precio alimentaron a otros. Hasta muchas mujeres,

37 Pudiera aludir San Clemente a la leyenda de Edipo, si bien el oráculo que vino de Delfos sólo exigía, para librar a Tebas de la peste, el destierro y no precisamente la muerte del rey.

38 Aun dentro de su vaguedad, esa alusión a los ejemplos de virtud paganos inicia una actitud muy helénica de los cristianos cultos frente al mundo antiguo, que culminará en San Justino, al reclamar como “cristiano” a Heráclito y Sócrates “por haber vivido con el “logos”: *Apología* XLVI, 3: “*Los que vivieron con el “logos” (es decir, conforme a la razón) fueron cristianos, aun cuando fueron tenidos por ateos.*” Véase *Christus*, Manual de historia de las Religiones, pág. 940. Barcelona, 1929.

fortalecidas por la gracia de Dios, llevaron a cabo muchas hazañas varoniles. Judith, la bienaventurada, estando sitiada la ciudad, obtuvo de los ancianos que se le permitiera salir al campamento de los extranjeros. Exponiéndose, pues, a sí misma al peligro, salió, llevada del amor a su patria y a su pueblo sitiado, y el Señor entregó a Holofermes en manos de una mujer. (Jd 8, y ss.) Y a no menor peligro se arrojó Esther, perfecta en la fe, para salvar a las doce tribus de Israel, que estaban a punto de perecer. En ayuno y humildad rogó al Señor omnividente y Dios de los siglos, el cual, viendo la humildad de su alma, libró al pueblo por el que se había expuesto al peligro. Así, pues, también nosotros hemos de rogar por los que se hallan en algún pecado, a fin de que se les conceda modestia y humildad y cedan, no a nosotros, sino a la voluntad de Dios; pues de este modo, les será fructuoso y perfecto el recuerdo que con lástima hacemos de ellos ante Dios y sus santos.

Elogio de la corrección fraterna

Recibamos la corrección, por la que nadie, queridos, ha de irritarse. La amonestación que nos hacemos los unos a los otros es buena y sobremanera provechosa, pues nos une con la voluntad de Dios. Así dice, efectivamente, la palabra santa: “Con su corrección me corrigió el Señor, pero no me entregó a la muerte.” (Sal 118,18) “Pues el Señor, a quien ama le castiga y al que toma por hijo le azota.” (Pr 3,12) “El justo —dice— me corregirá con compasión y me argüirá; mas el aceite de los pecadores no ungirá mi cabeza.” (Sal 141,4) Y otra vez dice: “Bienaventurado el varón a quien arguyó el Señor; no rechaces la reprensión del Omnipotente, pues Él es el que causa el dolor y el que lo cura. Él es el que hiere y sus manos las que sanan. Por seis veces te sacaré de tus tribulaciones, y a la séptima no te tocará el mal. En el hambre te libraré de la muerte, y en la guerra te soltaré de la mano del hierro. Y del azote de la lengua te esconderá, y no te espantará por los males venideros. Te burlarás de los injustos y malvados, y no temerás las fieras salvajes, pues las fieras salvajes serán mansas para contigo. Luego conocerás que tu casa tendrá paz y la vivienda de tu tienda no ha de fallar. Conocerás que tu descendencia es mucha y que tus hijos son como la hierba del campo. Irás a la sepultura como el trigo en sazón, que se siega a su tiempo; o como el montón de la era, que se recoge a su hora.” (Jb 17,27) Mirad, carísimos, qué gran defensa tienen los que son corregidos por el Señor, pues nos corrige como padre bondadoso, para que por su santa corrección alcancemos misericordia.

Llamada a los rebeldes

Vosotros, pues, los que fuisteis causa de que estallara la discusión, someteos a los “ancianos” y corregíos para la penitencia, doblando las rodillas de vuestro corazón. Aprended a someteros, dando de mano a la altanería de vuestra lengua arrogante y jactanciosa, pues mucho mejor es para vosotros encontraros en el rebaño de Cristo pequeños, pero elegidos, que, por una excesiva opinión de vosotros mismos, ser excluidos de su esperanza. Pues he aquí lo que dice la sabiduría que contiene en sí toda virtud: “Atended, que os voy a lanzar una palabra de mi aliento, os voy a enseñar una palabra mía. Puesto que os llamé y no me escuchasteis; os dirigí mis palabras y no me atendisteis, sino que invalidasteis mis consejos y no hicisteis caso de mis amonestaciones; por eso, yo también me reiré de vuestra perdición y me regocijaré cuando llegue vuestra ruina y cuando os venga repentinamente la turbación y estalle sobre vosotros como una tormenta vuestro trastorno, o cuando llegue sobre vosotros el aprieto y el cerco. Pues vendrá un día en que me invocaréis y yo no os escucharé; los malvados me buscarán, pero no me encontrarán. Porque aborrecieron la sabiduría y no escogieron el temor de Dios; no quisieron atender a mis consejos, sino que se burlaron de mis amonestaciones. Por lo cual comerán los frutos de su propio camino, y se hartarán de su propia impiedad. Serán muertos por haber comido injusticia contra los pupilos, y el escudriño aniquilará a los impíos. Mas el que me oyere habitará su tienda con confianza y estará tranquilo sin miedo de mal alguno.” (Pr 1,23.33)

Intimación final

Obedezcamos, pues, a su santísimo y glorioso nombre, escapando a las amenazas predichas por la Sabiduría contra los inobedientes, a fin de que confiadamente tengamos nuestra morada en el nombre santísimo de su magnificencia. Recibid nuestro consejo, y no os pesará de ello. Porque vive Dios y vive el Señor Jesucristo y el Espíritu Santo, y la fe y la esperanza de los elegidos, que sólo el que con humildad y perseverante mansedumbre practicare sin volver atrás las ordenaciones y mandatos dados por Dios, sólo ése será ordenado y escogido en el número de los que se salvan por Jesucristo, por el cual se le da gloria por los siglos de los siglos. Amén.³⁹

³⁹ Solemne conclusión de la segunda parte de la carta, que se cierra con este solemne juramento, cuya fórmula, como tantos otros ruegos de toda la epístola, presenta una como síntesis del Antiguo y del Nuevo Testamento. Junto a la invocación del Señor que vive, al estilo de los profetas, se pone a Jesucristo y al Espíritu Santo; y para que toda la Iglesia participe en la solemne intimación, se añade la invocación a la fe y esperanza de los elegidos.

La súplica de toda la Iglesia

Mas si algunos desobedecieren a las exhortaciones que por nuestro medio os ha dirigido Él mismo, sepan que se harán reos de no pequeño pecado y se exponen a gran peligro; mas nosotros seremos inocentes de ese pecado y rogaremos, con oración y súplicas continuas, al Artífice de todas las cosas, que guarde íntegro en todo el mundo el número contado de sus escogidos⁴⁰ por medio de su siervo amado Jesucristo,⁴¹ por el que nos llamó de las tinieblas a la luz, de la ignorancia al conocimiento de la gloria de su nombre.

Oración de alabanza

Nos llamaste a esperar en tu nombre,
principio de la vida de toda criatura.
Abriste los ojos de nuestro corazón,
para conocerte a Ti,
el solo Altísimo en las alturas,
el Santo que reposa entre los santos.
A Ti, que abates la altivez de los soberbios,
deshaces los pensamientos de las naciones,
levantas a los humildes
y abates a los que se exaltan.
Tú enriqueces y Tú empobreces.
Tú matas y Tú das vida.
Tú sólo eres bienhechor de los espíritus
y Dios de toda carne.
Tú miras a los abismos
y observas las obras de los hombres;
ayudador de los que peligran,

40 Que es la Iglesia, con lo cual invita nuevamente a entrar en la paz y armonía de ella, pues estar fuera de la Iglesia es estar fuera del número de los escogidos de Dios.

41 La fórmula cristológica de la primera generación cristiana, con que se designa a Jesucristo como “siervo amado” de Dios, es reminiscencia del Antiguo Testamento en que el Mesías es el “siervo de Jahvé” (Is 42, 1), como siervos de Jahvé son llamados Abraham (Sal 105, 6), Josué (Jos 24, 2, 9), Job (Jb 1, 8), David (Sal 18, 1) y todo el pueblo de Israel (Is 42, 8).

creador y vigilante de todo espíritu.

Tú multiplicas las naciones sobre la tierra,
y de entre todas escogiste a los que te aman,
por Jesucristo, tu siervo amado,
por el que nos enseñaste, santificaste y honraste.

Súplica por los necesitados

Te rogamos, Señor,
que seas nuestra ayuda y protección.
Salva a los atribulados,
compadécete de los humildes,
levanta a los caídos,
muéstrate a los necesitados,
cura a los enfermos,
vuelve a los extraviados de tu pueblo,
alimenta a los hambrientos,
redime a nuestros cautivos,
da salud a los débiles,
consuela a los pusilánimes;
conozcan todas las naciones
que Tú eres el solo Dios,
y Jesucristo tu siervo,
y nosotros tu pueblo y ovejas de tu rebaño.

Nueva alabanza y súplica

Tú has manifestado la ordenación perpetua del mundo
por medio de las fuerzas que obran en él.
Tú, Señor, fundaste la tierra,
Tú, que eres fiel en todas las generaciones,
justo en tus juicios,

admirable en tu fuerza y magnificencia,

sabio en la creación

y providente en sustentar lo creado,

bueno en tus dones visibles

y benigno para los que en Ti confían.

Misericordioso y compasivo,

perdona nuestras iniquidades,

pecados, faltas y negligencias.

No tengas en cuenta todo pecado de tus siervos y siervas,

sino purifícanos con la purificación de tu verdad

y endereza nuestros pasos en santidad de corazón,

para caminar y hacer lo acepto y agradable

delante de Ti y de nuestros príncipes.

Sí, oh Señor, muestra tu faz sobre nosotros

para el bien en la paz,

para ser protegidos por tu poderosa mano,

y líbrenos de todo pecado tu brazo excelso,

y de cuantos nos aborrecen sin motivo.

Danos concordia y paz a nosotros

y a todos los que habitan sobre la tierra,

como se la diste a nuestros padres

que te invocaron santamente en fe y verdad.

Por los gobernantes del imperio

Danos ser obedientes a tu omnipotente y santísimo nombre

y a nuestros príncipes y gobernantes sobre la tierra.

Tú, Señor, les diste la potestad regia,

por tu fuerza magnífica e inefable,

para que conociendo nosotros

el honor y la gloria que por Ti les fue dada,

nos sometamos a ellos,
sin oponernos en nada a tu voluntad.
Dales, Señor, salud, paz, concordia y constancia,
para que sin tropiezo ejerzan
la potestad que por Ti les fue dada.
Porque Tú, Señor, rey celeste de los siglos,
das a los hijos de los hombres
gloria y honor y potestad
sobre las cosas de la tierra.
Endereza Tú, Señor, sus consejos,
conforme a lo bueno y acepto en tu presencia,
para que ejerciendo en paz y mansedumbre y piadosamente
la potestad que por Ti les fue dada,
alcancen de Ti misericordia.
A ti, el solo que puedes hacer esos bienes
y mayores que éstos entre nosotros,
a Ti te confesamos
por el sumo sacerdote y protector de nuestras almas,
Jesucristo, por el cual sea a Ti gloria y magnificencia
ahora y de generación en generación
y por los siglos de los siglos. Amén.⁴²

Recapitulación de la carta

Suficientemente creemos haberos escrito, hermanos nuestros, sobre lo que atañe a nuestra religión, sobre los puntos más indispensables a aquellos que quieren ordenar su vida piadosa y justamente. Nada, en efecto, dejamos sin tocar sobre la fe y la penitencia y el amor legítimo y la

⁴² Esta larga súplica por los gobernantes del Imperio es tanto más notable cuanto se hace en plena persecución de Domiciano, y está aún fresco el recuerdo de la de Nerón. ¿Habla aquí el discípulo de San Pablo, que quiere que se hagan preces y súplicas por los que gobiernan, o el liberto de la casa augusta Flavia, o, simplemente, el espíritu eterno de la Iglesia, que conforme al mandato del Maestro (Mt 5,39) sabe vencer al mal sin resistirle: Por la oración y el sacrificio?

continencia y la templanza y la paciencia, recordándoos la necesidad de agradar a Dios omnipotente, en justicia, verdad y paciencia, viviendo santamente, en concordia, sin rencor, en amor y paz, con mansedumbre constante, a la manera como nuestros padres, de que os hicimos mención, agradaron por su humildad no solamente a Dios, padre y creador, sino también a todos los hombres. Y todo eso lo recordamos con tanto mayor gusto cuanto sabíamos muy bien que escribíamos a hombres fieles y muy ilustres y que han penetrado en las palabras de la doctrina de Dios.

Es, por lo tanto, muy justo que los que a tales y tan grandes ejemplos nos hemos acercado, sometamos nuestro cuello, y ocupando el lugar de la obediencia, nos inclinemos a los que son guías de nuestras almas, a fin de que, apaciguada la vana disensión, corramos hacia la meta que se nos propuso en la verdad, sin reproche alguno. Alegría y regocijo nos proporcionaréis, si obedientes a lo que acabamos de escribir impulsados por el Espíritu Santo, cortáis de raíz la impía ira de vuestra envidia, conforme a la exhortación que en esta carta os hemos dirigido sobre la paz y concordia. Os hemos además enviado hombres fieles y prudentes, que desde su juventud hasta su vejez han vivido irreprochablemente entre nosotros, los cuales serán también testigos entre nosotros y vosotros. Y eso hicimos para que sepáis que toda nuestra preocupación fue y sigue siendo que volváis pronto a estar en paz.

Deprecación final

Por lo demás, el Dios que todo lo ve, Señor de los Espíritus y Dueño de toda carne, el que escogió al Señor Jesucristo y a nosotros por Él para pueblo suyo peculiar; conceda a toda alma que invoca su magnífico y santo nombre, fe, temor, paz, paciencia, longanimidad, continencia, castidad y templanza, para complacencia de su nombre, por nuestro sumo sacerdote y protector Jesucristo, por el cual sea a Él gloria y magnificencia, poder y honor, ahora y por todos los siglos de los siglos. Amén.

Recomendación de los mensajeros

Despachadnos con rapidez, en paz y alegría, a nuestros delegados Claudio, Efebo, Valerio, Bitón, juntamente con Fortunato, a fin de que cuanto antes nos anuncien la suplicada y anhelada paz y concordia entre vosotros, y cuanto antes nos alegremos también nosotros de vuestro buen orden.

Despedida

La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros y con todos los que en todo lugar han sido llamados por Dios por medio suyo. Por el cual sea a Él gloria y honor, poder y magnificencia, trono eterno desde los siglos hasta los siglos de los siglos. Amén.

0-0-0-0-0-0

Fuente:

*Padres Apostólicos I,
La Doctrina de los doce Apóstoles y Cartas de San Clemente Romano
Versión y Notas por el Rvdo. P. Daniel Ruiz Bueno C.M.E.,
Librería Parroquial de Clavería, S.A. de C.V. México, D.F
Con imprímase en Madrid, junio de 1946
Páginas de la 55 a la 135*

*Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora*